

# CRISTIANDAD



## 19 RAZON DE ESTE NUMERO

o manifestación de la Divinidad de Jesucristo, que eso significa «epifanía»; no tuvo, al principio, diferenciación precisa con la fiesta de la Natividad, pero pronto ambas festividades se dislocaron. Hoy, de los tres misterios involucrados en la Epifanía, la Iglesia Romana celebra principalmente el de la aparición de la estrella a los Reyes Magos y la adoración de éstos.

Con ello se simboliza también la manifestación y predicación del Evangelio a los gentiles y la conversión de Roma, centro hasta entonces del paganismo, en la sede nuclear de la Cristiandad.

**Editorial: En el umbral del nuevo año.**

Sección «**Plura ut unum**»: **Un año más, un año menos**, por Enrique Ferrán (págs. 2 y 3); **Divagación sobre arte religioso**, por Esteban Miquela, Pbro. (págs. 4 y 5); **Roma, centro de la Cristiandad. San Pedro, Apóstol de los gentiles**, por Francisco Canals Vidal (págs. 6, 7 y 8); **De la Ciudad Estado, al Imperio Universal**, por L. Figueras Fontanals (pág. 9); **Algunas consideraciones sobre el Himno XII del Cathemerinon de Aurelio Prudencio**, por Joaquín Florit (págs. 10 y 11); Fragmento del **Misterio de los Reyes Magos**, S. XI-XIII (págs. 12 y 13); **La presentación del Cristianismo ante los filósofos**, por Marcial Solana (págs. 14, 15, 16 y 17); **Nana**, poesía por Concha de Moxó (pág. 17); **La ciencia y la técnica en los primeros años de nuestra Era**, por Fraxinus Excelsior (págs. 18 y 19).

Sección «**Del Tesoro perenne**», «**Nova et vétera**»: **El nombre de Jesús**, por Fr. Luis de León (pág. 20).

Sección «**A la luz del Vaticano**»: **Otra Navidad en guerra**, por José-Oriol Cuffí Canadell (pág. 21); **Consejos de prudencia**, por José M.<sup>a</sup> Comas (pág. 22); **La colaboración con los comunistas**, (págs. 23 y 24).

Los dibujos que como de costumbre ilustran el presente número, son originales de Ignacio M.<sup>a</sup> Serra Goday.



# TEXART

TEJIDOS DE CALIDAD



Porvenir, 141-Tel. 83432-Barcelona

## ECCLESIA

Organo Oficial de la Acción Católica Española

Reportajes  
GRÁFICOS

Crítica moral de  
ESPECTÁCULOS y LIBROS

Información católica  
NACIONAL y EXTRANJERA

Documentos  
PONTIFICIOS y EPISCOPALES

Administración: Alfonso XI, 4 - Madrid

B. η R.

Barcelona



# CRISTIANDAD

NÚMERO 19 - AÑO 11

SUSCRIPCIÓN:

ANUAL . . . . . 48' - Ptas.  
TRIMESTRAL . . . . 12' - »  
EJEMPLAR . . . . . 2'50 »

REVISTA QUINCENAL

1 Enero de 1945

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

CASPE, 60, 2.º, 1.º - TEL. 24870

**B A R C E L O N A**

ECHEGARAY, 19 - MADRID

## EN EL UMBRAL DEL NUEVO AÑO

*“Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, les dijo:*

*Príncipes del Pueblo y vosotros, Ancianos, escuchad: puesto que hoy se nos pide razón del beneficio hecho a un hombre enfermo (preguntando), por virtud de quién ha sido sanado, sea notorio a vosotros y a todo el Pueblo de Israel que por virtud del nombre de Nuestro Señor Jesucristo Nazareno a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos está sano este hombre entre vosotros.*

*Esta es la piedra que vosotros los arquitectos rechazasteis y que ha sido puesta por cabeza de ángulo. Y no hay salud en ningún otro; porque no hay otro nombre debajo del cielo dado a los hombres por el que puedan ser salvos” (1).*

*Este Jesús que nos ha sido dado; que, vestido de fortaleza recaba para sí el juicio y la justicia, ha venido con todo a la tierra primordialmente a traer la salud. Su nombre mismo, señalado por el ángel antes de que fuera concebido indica su misión: ya que “Jesús” quiere decir “Salud”.*

*“A Él debe pedirle y de Él debe esperarla el mundo” (2). “Sólo de Él la puede esperar”, había dicho ya el primer Pontífice. Y no en un acto de magisterio cualquiera, sino ante los Príncipes y Ancianos de su pueblo. “No hay otro nombre debajo del cielo dado a los hombres por el que puedan ser salvos”.*

\* \* \*

*Pues bien. Esta misión de paz de Jesucristo (Él mismo nos lo había predicho) ha sembrado la división entre los hombres. Ningún foso es tan profundo, ninguna lucha tan a muerte, ninguna diferencia tan irreductible como la que media entre los que rechazan y los que aceptan esta misión. Todo compromiso entre ellos es imposible, y es pueril soñarlo siquiera. Este es el verdadero conflicto que late en el fondo de los hechos que presenciamos y toda otra enemistad es superficial a su lado. ¿No nos hemos dado cuenta todavía de ello? ¿Creemos aún en la posibilidad de una política de mano tendida?*

*“Nolumus hunc regnare super nos”, exclaman unos. Y procuran en seguida construir sus diversos regimenes rechazando al que ha sido constituido piedra angular de todo edificio.*

*“Oportet illud regnare”, contestan los menos. “Adveniat regnum tuum” (3).*

*A pesar de todo, su voz está llena de esperanza en el triunfo de su Rey. Y cabe entonces preguntar: Esta esperanza, ¿es fundada? ¿O presenciamos tal vez los últimos momentos de una Iglesia que perece heroicamente manteniendo sus posiciones de intransigencia?*

\* \* \*

*CRISTIANDAD ve ante sí el año que comienza, debemos confesarlo, con viva inquietud. No ve de qué manera el conflicto actual puede desembocar en una paz estable. “NON EST PAX IMPIIS”, dijo el Señor. Y con todo, las palabras de paz que la Liturgia del ciclo navideño está haciendo resonar a nuestros oídos y que los Papas nos repiten con insistencia la alborozan; ya que si la razón, angustiada, calla, habla la fe.*

*Con ellas, cobra ánimo para trabajar más que nunca en la difusión del Reino de Cristo, confiando, como nos aseguraba Pío XI, que “NO PODEMOS TRABAJAR CON MAS EFICACIA PARA AFIRMAR LA PAZ”.*

\* \* \*

*CRISTIANDAD desarrollará en sus páginas, Dios mediante, durante el presente año los episodios de la lucha secular entre los defensores y los impugnadores del Reino de Cristo. CRISTIANIZACION, DESCRISTIANIZACION, RECRISTIANIZACION. Triple tema que se irá entrelazando en sus columnas. El lector atento lo descubrirá fácilmente, y con ello la unidad de conjunto que enlazará entre sí las unidades parciales de sus números.*

*Para esta labor de difusión del ideal del Reino de Cristo espera CRISTIANDAD contar con la enérgica colaboración de sus lectores. CRISTIANDAD se dirige ante todo a convencidos y entusiastas. ¿Por qué la duda? ¿Por qué el desaliento? ¿No son, una y otro, en el fondo, manifestaciones de egoísmo? ¿Pueden tener cabida en un pecho generoso, que no desconoce ni el valor de lo que está en juego, ni bajo qué bandera combate?*



(1) Act. 4, 3-12. Epístola de la fiesta del Sto. nombre de Jesús.

(2) León XIII. «Annum Sacrum». (Vd. CRISTIANDAD, n.º 11. Editorial).

(3) Pío XI. «Misericordissimus». (Vd. CRISTIANDAD, n.º 15).

(4) Pío XI. «Ubi Arcano». (CRISTIANDAD, n.º 15. Editorial).

1944-1945

## UN AÑO MÁS, UN AÑO MENOS

Todas las conmemoraciones que en el transcurso del año celebramos tienen precisamente eso de bueno: que son conmemoraciones. Avivan la memoria, esa magnífica facultad del alma humana que nos permite sentirnos conscientes de nuestra permanencia en medio de esta corriente continua de sensaciones, que por vitales que sean, mueren al instante de nacer, y se hunden para siempre en el pasado. Sólo por la memoria salvamos nuestra personalidad que sin ella se perdería en una simple disociación de sensaciones. Por eso siempre le ha convenido al hombre recordar, conmemorar. Siempre, pero hoy más que nunca, nos interesa hacer memoria, si queremos salvar del vacío y de la nada esta vida moderna tan agitada, tan intensa pero tan espantosamente frívola. Sólo recordando podemos dar a "lo que pasa", a esa cosa que no podemos retener y llamamos tiempo, su contenido espiritual, su verdadero sentido eterno. Por eso al escéptico no le interesa recordar, le molesta; es enemigo del tiempo. Y mientras "el mundo" mata el tiempo, el creyente, el hombre espiritual lo conmemora, lo vivifica. Es natural y lógico, pues todo lo que pasa, toda la historia humana, o es una pura nada sin sentido, o lo tiene eterno y trascendente. No hay auténtica oposición entre lo temporal y lo eterno, y sólo creyendo en lo permanente, podemos valorar lo temporal. Y si todas las conmemoraciones tienen este valor, sobresale en este sentido, al menos cuantitativamente, la del año nuevo. Hemos cumplido un año más, la historia humana dispone de un año menos. Actualmente se festeja mucho el día del año nuevo; se ha convertido en la fiesta predilecta de la humanidad. Pero no nos engañemos, se celebra pero no se conmemora. Todo lo contrario; se procura olvidar, aturdirse, hacerse inconsciente; es un mal camino, y los que en él andan, cuanto más corren, más se apartan de la meta. Hay que recordar, concentrarse, hacerse consciente. Esforcémonos pues, y con la ayuda de Dios hagamos un poco de memoria.

\* \* \*

Todo lo ocurrido durante el año 1944 no puede habernos sorprendido mucho. En este caso, a pesar de que nos falta la distancia de la necesaria perspectiva, los hechos aparecen, confusos si se quiere, pero siguiendo, en una perfecta línea de continuidad, el mismo proceso en el que se desarrollaron los de años anteriores. Porque si a través de lo anecdótico sabemos descubrir el fondo esencial de todo lo acaecido, veremos que en estos últimos doce meses sólo se ha intensificado y ha llegado quizás a madurez, todo aquello, bueno y malo, que era nota constante de la historia humana de estos últimos tiempos. En este sentido, y sea ésta la primera conclusión, la continuidad histórica, con carácter finalista y trascendental queda más que nunca patentizada en los acontecimientos que hemos vivido. — Y ¿qué ha sido lo bueno? — nos objetará con amarga sonrisa algún escéptico. A primera vista, confesémoslo, poco o casi nada; todo ha sido calamidades y desgracias, materiales y morales. Pero no todo es negativo, el bien también ha hecho su camino. Algo se ha produ-

cido... pero es preferible concretar ordenadamente. Fijémonos primero en la abundancia del mal, y reservemos para el final la esperanza de un bien, que es tan fuerte, que sin necesidad de aparentar, acabará dominando y reduciendo aquellas abundancias a través y valiéndose precisamente del mismo mal.

En la raíz de todas las calamidades y horrores que hemos presenciado, y no es preciso detallar, se manifiesta siempre el mismo mal, la falta de la más esencial de las virtudes cristianas: la caridad. Y resulta aleccionador darse cuenta de que sin su presencia vivificadora, se derrumban las que creíamos conquistas más seguras de la civilización cristiana — y nadie de buena fe puede impugnar este calificativo, como lo prueba el hecho de que la virtud que vamos a exponer sólo se daba en los países del Occidente Cristiano — el respeto que merecía la vida de un hombre. ¿Quién no recuerda con emoción y nostalgia aquellos tiempos en que el simple anuncio de la justa ejecución de un criminal, suscitaba indefectiblemente peticiones de misericordia dirigidas a la suprema Autoridad de la Nación? ¿Qué queda en Europa de aquella fineza espiritual que revelaba Dollfuss, canciller de la católica Austria, cuando hablando íntimamente con un amigo suyo, sacerdote jesuíta, le decía que al confirmar sentencias de muerte, obligado por lo que él entendía el bien de la Comunidad, había llorado y rezado por las víctimas? Dollfuss fué la primera víctima de este pagano desprecio de la vida humana. Así empezaron las cosas, y en el año 1944 se ha fusilado tranquilamente a personalidades intachables moralmente por el simple hecho de haberse equivocado al juzgar el camino de colaboración que convenía seguir a su Patria. ¿Se puede dar nada más monstruoso e ilógico? ¿Y no es esto lo que sucedía en la Roma pagana cuando se exterminaba implacablemente a los partidarios del bando contrario?

Otra obra magnífica y paciente de la semilla cristiana a través de los siglos ha sido humanizar la guerra cuando no ha podido evitarla. Nadie que conserve el mínimo de imparcialidad y ponderación crítica, puede negar la inmensa deuda de gratitud que tiene la humanidad respecto a la Iglesia Católica, que durante años y siglos, con una paciencia y firmeza inquebrantables, fué suavizando y dominando la brutalidad instintiva de aquellos pueblos bárbaros y paganos — nuestros antepasados — con las ideas cristianas de justicia, caridad, represión de los malos instintos... etc., ideas que son el origen de toda nuestra civilización. ¿Qué ha quedado de ello? El trato humanitario y relativamente benéfico dado a los prisioneros de guerra se convirtió en norma de Derecho Internacional sólo después de siglos y siglos de aquella obra civilizadora. Porque, no lo olvidemos, lo instintivo, lo natural era lo que se hacía antes de Jesucristo: matar a los prisioneros, o hacerlos esclavos para emplearlos en trabajos forzados. ¿Y no ha sucedido algo parecido — afortunadamente sólo como excepción — en algunos casos y frentes durante este último año?

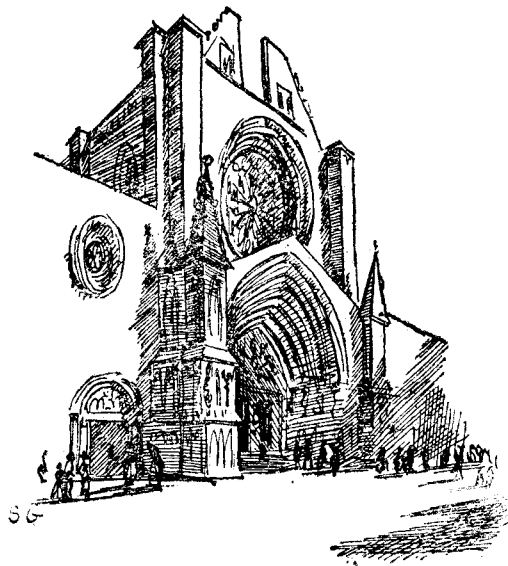
No puedo, ni es necesario, seguir enumerando manifestaciones de este actual retroceso o hundimiento de la

obra civilizadora del Cristianismo. Quien quiera percartarse en detalle de que todo lo que ahora pelagra y zozobra, era fruto de la obra ordenadora de la Iglesia Católica puede leer la obra de nuestro Balmes "El Catolicismo comparado con el Protestantismo". En ella, por ejemplo, puede uno enterarse de lo que le costó a la Iglesia hacer respetar el "derecho de asilo". Cuando el filósofo de Vich escribió aquellas páginas, no pensaría seguramente que aquel derecho alcanzara tanta actualidad en el año 1944, y que durante él, fuera la católica Irlanda quien mejor lo defendiera. En resumen, todos los males que nos aquejan suponen una falta de espiritualidad cristiana y atacan la entraña misma de la civilización. Contra ellos, manifestados en una u otra forma, ha luchado siempre la Iglesia y siempre ha vencido llevando adelante la civilización. Y con esta constatación optimista podemos hablar de todo lo bueno que hemos vivido, y nos deja confiar y esperar.

Aparentemente es poco lo bueno, pero yo creo que es tan esencial, que es decisivo. No se trata de hechos concretos, sino de un estado de conciencia colectiva que ha progresado a través de las últimas catástrofes. Todo hace creer que el mundo empieza a darse cuenta del mal que nos aqueja y de su causa. Si fuera así estamos salvados, pues en lo social como en lo individual, lo difícil es ser consciente de los vicios y defectos. Enfermedad bien diagnosticada, es casi curada. Por eso el mal huye de la luz y del análisis, y se disfraza con las mil complicidades de todas nuestras inconsciencias. Y Europa, el mundo entero, están despertando de una de las más graves inconsciencias colectivas: la de buscar el perfeccionamiento y la felicidad del hombre prescindiendo de Dios. Desde el Renacimiento hasta la crisis actual, hemos derrochado y disfrutado alegremente una civilización creada con el secular esfuerzo de la concepción religiosa medieval. Y mientras nos deleitábamos y enorgullecíamos con los frutos del árbol de la fe, heríamos de muerte sus raíces. El despertar ha sido amargo y trágico. Pero es un hecho. Nadie puede dudar que este último año se ha intensificado y manifestado más explícitamente, en las esferas directoras del mundo, la idea de que lo que sufríamos es una crisis de valores morales, y que éstos no pueden sostenerse sin el apoyo de los religiosos. Con esta conciencia se ha robustecido el desde ya hace años creciente prestigio moral de la Iglesia, y hoy el Vaticano es un faro de luz donde miran, sino devotos, respetuosos, los mismos que antes eran sus más implacables detractores. Este es un hecho tan

trascendental y significativo que justifica todas las esperanzas. Puede representar el abandono de un humanismo pagano que inútilmente se ha venido persiguiendo durante las cuatro últimas centurias, para dirigirnos por el camino del único humanismo viable: el humanismo cristiano. Claro está que esta nueva dirección, que se inicia nada más, quizás — la Providencia lo sabe — necesitará de siglos para madurar. Con el despertar de esta nueva conciencia armoniza admirablemente este otro hecho indudable de estos últimos tiempos: el definitivo abandono de todos los nacionalismos, frutos en definitiva del Renacimiento, y el predominio decisivo de las ideas que propugnan la organización de una unidad ecuménica. Y esta unidad del mundo a que nos encaminamos, ¿quién mejor puede ayudar a implantarla que la Iglesia Católica que enseña en todas las latitudes y a todas las razas que todos los hombres somos hijos de un mismo Padre que está en los cielos? De ello se van dando cuenta todos los hombres de buena voluntad. Además, si los hombres no se aman los unos a los otros es inútil hablar de unidad. Cicerón estaba en lo cierto cuando indicaba que en este amor de los unos por los otros está la base del derecho, pero, ¡ay!, se equivocaba lamentablemente cuando afirmaba que este sentimiento era natural entre los hombres. Creerlo ha sido el gran error moderno; los hechos nos han desengañado. Sin amor a Dios no hay amor al prójimo. Los dos están tan unidos que no se pueden dar por separado, y lo mismo se equivocan los que pretenden amar a Dios sin querer al prójimo, que los que neciamente presumen de lo contrario. Indefectiblemente la unidad y el progreso moral del mundo sólo pueden conseguirse mediante el amor al prójimo basado en el amor a Dios. Creemos que los espíritus más selectos de Europa empiezan a convencerse de esta verdad, que confirmarán los rotundos fracasos de todo lo que se intente prescindiendo de ello. Es la gran verdad que ha defendido la Iglesia. Y precisamente porque en medio de las terribles calamidades que nos ha deparado este último año, durante el mismo se han dado claras señales de que esta verdad se abría paso, mientras, incluso entre sus enemigos, el prestigio del Pastor del Vaticano que la guarda y propaga desde hace dos milenios se robustecía, creemos que podemos entrar en el nuevo año dispuestos a sufrir quizá mayores calamidades, pero guardando en el corazón la alegría íntima de las mejores esperanzas.

*Enrique Ferrán*



# DIVAGACIÓN SOBRE ARTE RELIGIOSO

## AETERNITATI PINGO

La magnífica Virgen y el Niño que José Clará ha terminado recientemente y que será venerada juntamente con otras tallas de grandes imagineros en el Castillo de la Mota, nos sugiere esta nota que revela en su autor al artista de forma y ritmo que siente profundamente en su espíritu el arte religioso como otros artistas que no lo producen porque no ha llegado su momento. El artista deplora muchas veces con pasión de hombre equilibrado que su arte no sea empleado como homenaje a la divinidad. Porque siente la infinitud de Dios y ve en el arte religioso una expresión cabal de la belleza sin más límites que los que la materia que trabaja le impone. Porque siente la belleza en sí mismo la plasma en formas sensibles sabiendo que la belleza terminativa y total es Dios mismo. Y el artista se da perfecta cuenta que no se pueden alcanzar las cimas despejadas del arte en esta función monumental de la escultura sin hacer escultura religiosa, ya que trasciende los horizontes personales en busca de lo universal y perfecto. Es precisamente en escultura religiosa que se puede hacer arte puro y donde puede volcar el artista toda la síntesis que lleva dentro: ciencia, experiencia, intuición, recuerdos de la vida, sobre todo infantiles, que han dejado en su alma una huella indeleble y que más tarde irrumpen en formas orgánicas y artísticas. Nos hallamos en aquel lento fermentar de las ideas artísticas mucho más complejo que el de las simples formas geométricas que los superficiales ven en la obra artística. No cabe duda que en la medida que alguien es más artista, más puede comunicar su espíritu a la materia inerte informándola. La belleza como *splendor veri* y el arte cristiano como expresión de la verdad eterna, son los grandes objetivos del artista cristiano. El artista se encuentra imposibilitado de hacer caminar o pensar a su imagen pero cada golpe que descarga sobre su talla, cada penetración de la líma representa algo de su espíritu que queda grabado sobre la materia que domina. El cristiano asimila todos estos naturales y hace con ellos una plegaria universal. La producción en arte, creación analógica es un darse, comunicarse del artista. Puede que el artista esté dotado de más o menos imaginación o fantasía. Pero el arte es mucho más que una fantasía fugaz o una intuición inesperada. Hay mucho de esto pero el arte es algo más todavía. La personalidad del artista que en la manera que lo es más puede entregarse a su obra sin mengua de la suya transmitiendo el sujeto ideal con emoción. La obra artística es el fruto maduro de la materia revestido de la infinitud de la forma que lleva dentro. El mismo modelo no es más que una sugerencia, un matiz captado en el momento. El arte puro es síntesis de muchas cosas y valores reducida a la unidad por la mano del artista en momentos iluminativos — en el cristiano, de gracia — que acostumbran a venir después de no pocos trabajos.

Por esto los artistas completos están satisfechos de poder hacer arte religioso. Ven en él la satisfacción de lo natural y la redención de la forma humana por el trabajo estético que permite dar el pensamiento y la forma bella en la armonía buscada: "l'arte vera e nobile è religiosa; essa non è che una copia della perfezione di Dio" (Cartas de Miguel Angel). Se podría preguntar por qué el arte reli-

gioso moderno es tan mediocre comparado con el de otras edades que nos han legado magníficas y perdurables obras. Se ha dicho que era debido a la honda crisis religiosa que ha calado en los medios artísticos, desde la Revolución protestante a esta parte. Tal vez la verdad integral del hecho es más compleja. Posiblemente la conciencia general, incluida la rectora de la sociedad no ha sentido la necesidad de hacer arte religioso y no se ha preocupado de facilitar la eclosión de estas fuerzas artísticas latentes. También es cierto que las concepciones maquinistas e industriales de la época moderna han dado un canon artístico de la misma naturaleza. Una época preferentemente materialista es lógico que sienta la atracción por el hielo y el alambre en arte. Históricamente pasó algo parecido en otras épocas. Por esto nos interesa subrayar cómo tanto arte de calidad nació a la sombra de la Iglesia y se desarrolló bajo su impulso. Había mucho más espíritu cristiano en los artistas, más piedad y por esto se acercaban a ella en busca de sus temas. Ciertamente que la Iglesia detentaba el primado de cultura — el rompimiento no se había verificado todavía y era poseedora de abundantes riquezas que le permitían gastarlas espléndidamente dignificando la vida como expresión del arte. Creemos que el gran arte gusta de incorporarse como en otras épocas a la Iglesia, siente la fascinación de la Iglesia eterna en el espacio temporal. Nadie mejor que ella y sus temas para perpetuarlo. Los artistas gustan de poder exponer la intimidad de su corazón, sus recuerdos de infancia en escenas de piedad que dan fe del primado de los valores espirituales sobre los demás y perpetúan la armonía del pensamiento dogmático y poético. El Apostolado que con ello se hace es doble, personal en el artístico y social en los que lo comprenden.

Una época se caracteriza por las obras que produce en orden al pensamiento, a la práctica y al orden estético. Un país se valoriza por los mismos exponentes de cultura. Ciertamente que la desintegración de Europa obedece a muchas causas, pero que la Cultura y el Arte se hayan separado de la Iglesia ha sido una cosa muy perjudicial para la Cristiandad. No se trata de la pérdida de tales unidades, simplemente, sino de la posición ética de la sociedad ante Dios. La imposición de lo mediocre y menos todavía ha debilitado las fuentes de energía espiritual y el hombre se ha hallado solo. Sabido es cómo Santo Tomás de Aquino presupone a las grandes virtudes teologales estas tendencias del espíritu hacia lo grande, lo bello, lo magnánimo de la vida. Sin ellas es difícil que el hombre sienta el heroísmo de lo sobrenatural. Para que la Cristiandad sea un hecho vivo es menester que todos los elementos de la civilización se adapten al poder del Espíritu y que todas las fuerzas que la integran trabajen para la Iglesia. A la par que se rinde el homenaje del hombre artístico se ve perpetuado el momento del arte en la vida perdurable. En el fondo hay que reconocer que hay más cristianismo en los medios artísticos del que se pudiera suponer en un principio. Lo que hace falta es actuarlo y estimularlo. El gran concepto cristiano del arte al servicio de Dios, del arte de la mejor calidad, nos parece una urgente necesidad. La difusión del bienestar y la cultura artística tienen

su importancia en la cristianización del mundo. El compuesto humano no está exento de la necesidad de cosas bellas para llegar al conocimiento del verdadero Dios que se conoce por las cosas que fueron hechas. Como mejor se representen las cosas más exactamente nos darán la idea de Dios. Debiera avergonzarse a los cristianos responsables el que se ofrezcan a Dios los peores sacrificios artísticos. Muchos lo hacen sin mala fe. Pero también lo es que la mayoría de ellos no querrían para sus casas obras de una mediocridad artística tan acusada. En el fondo sopla el problema del sacrificio de Caín y Abel: se trata de que el hombre tiene la obligación de servir a Dios con lo mejor que posee y que es capaz de producir. Es sobre todo la calidad lo que agrada a Dios. A Dios hay que servirle bien en todos los órdenes de la vida sin poder excluir el artístico. Quiero que mi pueblo rece bajo la belleza del arte, decía Pío X, hablando del canto. La fe de un pueblo se conoce por su producción religiosa. Por lo menos su calidad de fe. Las grandes épocas de fervor religioso han tenido necesidad de prestar a Dios este vasallaje del hombre estético. Dios es infinito y la misma perfección. Al querer plasmarlo externamente bajo formas sensibles hay que buscar lo mejor para pre-

sentarlo analógicamente. Tal vez se objete que parece que la piedad popular se halla mejor comprendida y entiende más fácilmente las imágenes vulgares que no las obras artísticas. Ciertamente que el Templo no es un Museo. Pero las desviaciones de buen gusto, populares o impopulares, deben corregirse prudentemente instruyéndolas debidamente. Hay que salvar las esencias de las cosas y darlas a conocer. No es raro que esta incuria artística en las cosas de Dios haya sido motivo o pretexto equivocado del alejamiento de espíritus selectos que no han sabido cerrar los ojos a la fealdad artística para abrirlos a los de la fe en Dios y, viceversa, la belleza. Sería absurdo señalar como causa adecuada de crisis religiosa el tema artístico pero no lo es menos el negligirlo y no ver la relación que tiene con la vida espiritual del hombre. No se trata de entrar en los abismos insondables del mundo realísimo de la gracia que ilumina la mente del converso y mueve su voluntad sino en el de las realidades ocasionales que colaboran con la gracia. El Espíritu sopla donde quiere pero no se puede renunciar por economías o conveniencias al imperativo metafísico de dar a Dios lo mejor de todo. El hombre siempre se encuentra mejor con lo bello que con lo diforme.

*Esteban Miquela, Phro.*

**Q**ue los justos sean hijos de Dios, es doctrina que no halla oposición, lo creen muchos sin reparo. Que los malvados sean hijos de Satanás, es una verdad que hace sonreír, que nadie cree, que parece una hipérbole.

Y con todo, la acción de Satanás en el mundo, es un hecho histórico que no admite duda, pues sólo esta acción permite comprender ciertas desviaciones del hombre.

La soberbia que no puede tolerar el yugo divino, basta para explicar la irreligión y si se quiere, hasta la impiedad, porque es muy natural que se rebele contra una autoridad que se opone a sus extravíos. Pero no puede explicar el frenesí, que llega al odio a Dios, y las torturas que hacen sufrir a los servidores de Dios.

Vemos un furor que no es humano, y del cual no se puede dar ninguna explicación, sólo puede explicarlo una intervención diabólica.

Y mucho menos se pueden explicar las invocaciones a Satanás: "Ven, oh Satanás, el amado de mi corazón" (Proudhon) y Carducci "A ti, oh Satanás, príncipe eternal, Dios de la hermosura y de la vida, Dios de la anarquía y de la libertad".

SERTILLANGES

# ROMA, CENTRO DE LA CRISTIANDAD

## SAN PEDRO, APÓSTOL DE LOS GENTILES

### La visión de Joppe

A la orilla del Mediterráneo, al sur de las llanuras de Saron, está situada Joppe. Llegados de Cesarea, tres hombres buscaban la casa de Simón, el curtidor, donde sabían que estaba hospedado Simón, de sobrenombre Pedro. Les enviaba Cornelio, centurión romano, varón justo y temeroso de Dios, a quien un ángel había ordenado que de labios de este Simón Pedro oyese lo que de parte de Dios le enseñaría.

Efectivamente, en la casa del curtidor vivía Pedro el Apóstol; cuando ellos llegaban, saliendo él mismo a encontrarles, les dijo: "Yo soy a quien buscáis." Así como la aparición de un ángel era la causa de su venida, una milagrosa visión que acababa de tener Pedro era la causa de que fuesen así recibidos.

Porque al tiempo en que llegaban ellos a la ciudad, estando él en oración en la terraza de la casa, quedó en éxtasis y vió bajar del cielo un mantel grande lleno de toda clase de animales, mientras una voz del cielo le ordenaba que comiese de ellos. Viendo entre aquellos animales que bajaban del cielo algunos impuros, según la ley de Moisés, rehusó comerlos, pero por tres veces la voz del cielo le ordenó que los comiese, añadiendo: "No llames impuro lo que el Señor ha purificado." Estaba pensando qué significaría la revelación, y la voz del cielo le ordenó: "He aquí tres hombres que te buscan, recíbelos sin recelos, que yo te los envío."

Por esto Pedro se había adelantado a recibirlos; habiendo sabido la orden que el centurión les diera, les hospedó y al siguiente día partió con ellos a Cesarea.

### El descenso del Espíritu Santo sobre los gentiles

Acabó de comprender el apóstol cuál era la voluntad de Dios al obrar aquellas intervenciones sobrenaturales, cuando conoció al que había enviado sus criados a buscarle. Cornelio salió a recibirle y se postró a sus pies; tal vez le recordó a aquel otro centurión romano cuyas humildes palabras: "Señor, yo no soy digno de que entres en mi morada..." habían admirado por la fe que en ellas se encerraba al Divino Maestro.

Hízole Pedro levantar y entró con él en su casa; encontró allí mucha gente reunida, parientes y amigos de Cornelio, a los que había convocado éste para que oyesen al enviado de Dios. Ante ellos explicó a Pedro el mandato recibido del ángel y le dijo: "He aquí que todos nosotros estamos en tu presencia para escuchar lo que el Señor te mande decirnos."

Anunció entonces ante aquel auditorio de gentiles a "Cristo Señor de todos". Las palabras de Pedro fueron la proclamación de la universalidad de la Iglesia: "Verdaderamente acabé de conocer que Dios no hace acepción de personas, sino que en cualquier nación el que le teme y obra bien merece su agrado."

Mientras les hablaba descendió el Espíritu Santo sobre todos los que le oían; como en el día de Pentecostés confirmó la fe de la Iglesia naciente, así ahora descendía sobre los gentiles para llamarlos a la Iglesia. Los judíos que lo presenciaban se maravillaron de ver derramada la gracia

sobre los incircuncisos; pero Pedro exclamó: "¿Quién negará el bautismo a los que han recibido el Espíritu Santo?" y mandó que fuesen bautizados.

### Jerusalén y Antioquía

Ocurrió esto probablemente unos diez años después de la Ascensión del Señor, mientras visitaba Pedro a los fieles durante un período de paz que gozaba la Iglesia. Hasta entonces los apóstoles, residiendo por lo general en Jerusalén, habían extendido su predicación únicamente entre los judíos.

Muchas persecuciones sufrió durante aquellos años la Iglesia por parte del pueblo escogido. En la última y más violenta el diácono Esteban había padecido el martirio y durante la misma uno de sus más violentos impulsores, Saulo, se convirtió en el futuro Apóstol de las Gentes.

Esta persecución sirvió providencialmente para la propagación de la Iglesia; los fieles dispersos difundían la fe por donde iban; huyendo de Palestina llegaron a Fenicia, Chipre y Antioquía, que era una de las ciudades mayores del mundo; sólo cedía en importancia a la misma Roma y a Alejandría; su población de medio millón de habitantes se componía de todas las razas del Oriente; su situación entre la Siria y el Asia Menor había hecho de ella una urbe cosmopolita en que se mezclaban todas las culturas.

Según refieren los Hechos de los Apóstoles fué en esta ciudad donde tuvo lugar el hecho importantísimo de la entrada en la Iglesia de gran número de gentiles. Una tradición referida por San Gregorio habla de la Cátedra del Apóstol San Pedro de Antioquía; prescindiendo de la mayor o menor duración de la permanencia de Pedro en la ciudad, es muy admisible, y coordina con la narración de los Hechos, que tuviese relación con la cristiandad de Antioquía y aun parte directa en su fundación.

En Jerusalén se extrañaban de ver propagada la fe entre los gentiles. Por eso enviaron a Bernabé, el futuro compañero de apostolado de Pablo, para vigilar a los nuevos discípulos; pero admirado él del florecimiento de la nueva iglesia fué a Tarso en busca del apóstol de las gentes, y con tan gran fruto predicaron, que en Antioquía fué donde los discípulos de Cristo empezaron a ser llamados, con palabra típicamente latina: *cristianos*.

Aquella ciudad tan corrompida, que Juvenal presentaba como el centro de donde partía la corrupción que llenaba la sociedad romana fué el escenario de la primera propagación de la Iglesia en el mundo pagano; la Iglesia había pasado desde el pueblo judío a las naciones.

Desde entonces su centro se desplaza de Jerusalén; su universalidad exigía que aquél estuviese situado en región abierta a todas las razas y culturas; en la historia de la primitiva Iglesia, Antioquía sería escenario de los episodios de la lucha entre el egoísmo religioso del pueblo judío y el espíritu universal del cristianismo.

### San Pedro a Roma

Pero la providencia había escogido otra ciudad de más ilustre historia y de mayor influencia en el mundo para



establecer la capital del orbe cristiano: la ciudad escogida fué Roma.

Una nueva persecución en Jerusalén fué el momento de otra intervención divina en la vida de Pedro. Herodes Agripa había coseguido, por sus intrigas cerca de Caligula y Claudio, reconstituir el reino de su abuelo, Herodes el Grande. A diferencia de éste, que se esforzó siempre porque adoptasen los judíos costumbres griegas, quiso él complacer a los judíos y a sus jefes religiosos; para esto nada mejor que perseguir a los cristianos.

Después de hacer degollar a Santiago el Mayor, al ver que en efecto gustaba esto al pueblo, prendió a Pedro. La Iglesia hacia oración continua por su Cabeza. Al fin, un ángel se apareció a Pedro, le soltó sus cadenas y abrió las puertas de su cárcel.

El libro de los Actos de los Apóstoles relata en su capítulo XII—el último de los que a Pedro se refieren—su prisión y liberación.

San Lucas nos cuenta lo ocurrido inmediatamente a su liberación por el ángel. Estuvo en la casa de la madre de Marcos, narró a los fieles allí reunidos su libertad, y ordenándoles que lo dijese a Santiago y a los demás hermanos, "saliendo de allí se fué hacia otro lugar"—"egressus abiit in alium locum".

El conjunto de la narración indica que la intención de Pedro era salir de Jerusalén. La tradición cristiana le ha presentado siempre dirigiéndose a Roma en el segundo año de Claudio, 42 de nuestra Era, en que tuvo lugar probablemente la persecución de Herodes Agripa.

Es generalmente admitido que San Pedro estuvo en Roma y en la Ciudad Eterna sufrió el martirio bajo el reinado de Nerón; esto lo reconoce hasta el mismo Renán. La antigua tradición cristiana tiene, no obstante, mucho más alcance; durante muchos siglos ha afirmado la fundación en Roma por San Pedro de su Catedral episcopal y su permanencia en ella durante veinticinco años.

Modernamente se ha presentado este hecho como incierto, afirmando no estar comprobado a la luz de la crítica histórica. Pero, reflexionando sobre el significado de los hechos que se desprenden de la lectura de la Epístola de San Pablo a los romanos, ocurre preguntar si no resulta más acorde con la crítica aceptar como muy probable la tradición y esperar si acaso para negarla que se demuestre lo contrario con argumentos fundados en hechos comprobados. Porque, como veremos, hay en la historia de la Iglesia en los tiempos apostólicos realidades que encuentran una explicación lógica y natural en el apostolado de Pedro en Roma, mientras resultan de difícil explicación si no se acepta éste.

La predicación de Pedro se dirigiría primeramente a los judíos romanos; los hechos posteriores indican que, aunque no carente de fruto, este apostolado tropezó, como en todas partes, con la oposición de la mayor parte de ellos.

Ambiente propicio a recibir la buena nueva en las sencillas palabras del pescador de Galilea, fué, sin duda, el de los humildes, esclavos y pobres que la inmensa ciudad contenía en tan gran número. Privados en la sociedad de aquel tiempo de toda consideración, sin esperanza de bienes terrenales, escucharían ávidamente de labios del Apóstol el anuncio de la Redención. La enseñanza del Príncipe de los Apóstoles entre los romanos, podemos conocerla por el Evangelio de San Marcos que, según la tradición, fué redactado para recoger por escrito la predicación de Pedro.

Pero no sólo entre los humildes fructificó su apostolado. El historiador latino Tácito refiere un curioso hecho relacionado sin duda con él: Pomponia Graecina, matrona de elevada alcurnia, empezó por este tiempo a retirarse de la vida mundana; según decían estaba triste. Acusada por ello, la intervención de su marido impidió que fuese

condenada; añade Tácito que obraba así por estar imbuída de la superstición extranjera: así era designado el cristianismo.

Esta primera permanencia de San Pedro en Roma bajo el reinado de Claudio debió terminar el año 49, en que tuvo lugar la expulsión de los judíos por aquel emperador. Según refiere Suetonio, la causa de la expulsión fué las disputas que entre ellos se promovían sobre cierto Chresto. Es seguro que se refiere a Cristo, lo cual prueba que si algunos habían recibido el Evangelio, otra gran parte lo había rechazado. Al salir de Roma volvió Pedro a Jerusalén.

## El Concilio de Jerusalén

En Jerusalén presidió Pedro el Concilio que poco tiempo después celebraron los apóstoles en aquella ciudad, cuna de la Iglesia. El motivo de la Asamblea no era otro que el nacionalismo religioso de tipo egoísta infundido al pueblo escogido por los fariseos y que se conservaba incluso en algunos de los convertidos a Cristo. La ciudad de Antioquía presenciaba las disputas entre aquellos cristianos judaizantes que enseñaban la necesidad de que los convertidos gentiles observasen la ley mosaica para salvarse, y los que habían recibido la fe por la predicación de Pablo, el Apóstol de los Gentiles.

En el Concilio de Jerusalén, Pedro, como cabeza de la Iglesia, resolvió la cuestión proclamando la abrogación de la ley antigua: "Ya sabéis, dijo, que desde hace mucho tiempo Dios me escogió de entre nosotros para que de mi boca oyese los gentiles el Evangelio y que les comunicó como a nosotros el Espíritu Santo; nosotros, como ellos, creemos salvarnos por Jesucristo."

## Roma, cabeza de la Cristiandad

Vuelto San Pedro a Roma, después del Concilio, su predicación se dirigió tal vez entonces con mayor empeño a la gentilidad, al ser rechazada por los judíos. Lo que fuese por aquellos años la cristiandad de Roma y la importancia que hubiese obtenido en el mundo cristiano, nos consta de modo cierto por la Epístola de San Pablo a los romanos; los hechos tal como de ella resultan constituyen un argumento de gran fuerza a favor del apostolado de San Pedro en la Ciudad Eterna.

En efecto, en esta Epístola escrita en el año 58 se dirige Pablo a una cristiandad compuesta casi totalmente por gentiles convertidos y cuya fe es celebrada en todo el mundo. ¿Quién la había difundido con aquella pureza y en tan grande extensión? Si se admite la hipótesis de que la aparición del cristianismo en Roma fué debida al hecho de haber conocido los judíos romanos en Jerusalén la predicación de los apóstoles, o también a haber sido propagada por discípulos de San Pablo, queda por explicar la causa del respeto que muestra éste hacia aquella iglesia, a la cual "no se había dirigido antes para no edificar sobre cimiento de otro". A unos cristianos que hubiesen recibido el Evangelio de sus mismos discípulos o sin la intervención de otro apóstol no se hubiese dirigido San Pablo con las frases deferentes con que lo hace: "Deseo hallarme entre vosotros para que podamos consolarnos mutuamente con la fe común a vosotros y a mí."

"Os he escrito con alguna mayor libertad sólo para recordaros lo mismo que ya sabéis."

Mientras no se pueda dar, a base de hechos comprobados, mejor explicación al nacimiento de la cristiandad de Roma, parece natural acogerse a la tradición, tan acorde con la misión encomendada por Cristo a Pedro, de que fué el Príncipe de los Apóstoles el que anunció la fe de Cristo en la ciudad cuyo nombre había de quedar unido

a la Cátedra de Pedro y sus sucesores de manera que la Iglesia de Cristo fuese apellidada Romana.

El cristianismo que vemos tan floreciente en el año 58, fecha en que dirige a los romanos su Epístola San Pablo, siguió creciendo en los años posteriores al evangelizarla "entre cadenas por el Señor" el Apóstol de las Gentes. Estaba para iniciarse la era de los mártires.

Cuando por las locuras de Nerón, ridículo tirano que desde hacía algunos años era dueño del mundo, se inició,

tras el incendio de la Ciudad en el año 64, la primera de las persecuciones generales, eran ya los cristianos de Roma "ingens multitudo", según refiere Tácito. Muchos de ellos santificaron con su martirio aquella colina Vaticana, en que pocos años después San Pedro Crucificado, como el Señor le profetizara, había de sellar con su sangre la fundación del Reino Universal de Cristo.

*Francisco Canals Vidal.*

## La llave de la humanidad

Cristo fundó la Iglesia con dos grandes figuras retóricas, que se hallan en las palabras finales dirigidas a los Apóstoles. La primera fué la frase acerca de fundarla sobre Pedro como sobre una piedra; la segunda fué el símbolo de las llaves. Sobre el significado de la primera no cabe duda...

Pero la otra imagen de las llaves es de una exactitud que no ha sido apenas observada. Las llaves han tenido su importancia en el arte de la heráldica de la Cristiandad; pero muchos no se han fijado en su peculiar aptitud para la alegoría. Nos referimos a un momento histórico en que hay que decir algo sobre la primera aparición y las actividades de la Iglesia en el Imperio romano; y para esta breve descripción nada más perfecto que aquella antigua metáfora. El cristiano primitivo era precisamente un hombre que llevaba una llave, o lo que él decía que era una llave. Todo el movimiento cristiano consistió en proclamar que poseía esta llave. No fué solamente un vago movimiento hacia adelante, que pueda ser representado mejor por un ariete. No fué algo que arrastrara consigo a la vez cosas análogas y antagónicas, como ocurre con algunos movimientos modernos. Como veremos enseguida, más bien se negaba decididamente a ello. Afirmaba con decisión que existía una llave y que poseía aquella llave, y que ninguna otra llave era como aquella; en este sentido era un movimiento tan angosto como queráis. Sólo se resultaba ser aquella llave con que se podía abrir la prisión del mundo entero, para conducirlo al día luminoso de la libertad.

El credo era como una llave, en tres aspectos que pueden muy propiamente ser considerados bajo este símbolo. Primero: el credo es una cosa, a la que es absolutamente preciso guardar su propia forma. El credo cristiano es, por encima de todo, una cosa bien definida. En eso se diferencia de toda aquella inmensidad amorfa maniquea o budista que representa como una laguna de oscuridad en el corazón de Asia: el ideal de destruir —descrear si se admite la palabra— todo lo creado. También en esto difiere de la análoga vaguedad que presenta el simple evolucionismo: la idea de unas criaturas que modifican constantemente su forma. A quien dijeran que la llave de su cerradura ha sido fundida junto con un millón de otras llaves en una unidad budista, le preocuparía más o menos. Pero a quien dijeran que su llave crecía y brotaba gradualmente en su bolsillo y que iba enriqueciéndose con nuevos dientes y complicaciones, no estaría más satisfecho.

Segundo: la forma de una llave es en sí misma un poco fantástica. Un salvaje que no supiera lo que era una llave, adivinaría muy difícilmente qué pudiera ser. Y es fantástica porque en cierto sentido es arbitraria. Una llave no es materia de abstracciones; en este sentido una llave no es materia de argumentación. Entra en la cerradura o no entra; es inútil discutir por qué entra o deja de entrar. Sería estúpido decir que nos gustaría una llave más sencilla; mucho más lógico sería hacer lo posible para abrir con una palanca.

Y tercero: como una llave es necesariamente una cosa con dibujo propio era aquella una llave que tenía, en cierto aspecto, un dibujo un poco complicado. Cuando algunos se quejan de que la religión se viera tan pronto complicada con la teología y otras materias por el estilo, olvidan que el mundo no solamente había caído en un abismo, sino en un laberinto de abismos y cuevas. El problema en sí era un problema complicado; no implicaba, en la acepción corriente, solamente una cosa tan simple como el pecado. Estaba lleno también de secretos, falacias inexploradas e impenetrables, inconscientes enfermedades mentales y peligros en todas direcciones. Si la fe hubiera afrontado al mundo solamente con aquellas generalidades sobre la paz y el espíritu de sencillez en que quieren confinarla algunos moralistas, no hubiera tenido el menor efecto en aquel manicomio lujurioso y laberíntico. En aquella llave había indudablemente mucha cosa que parecía complicada; es cierto, solamente una cosa tenía sencilla: que abrió la puerta.

G. K. CHESTERTON (de su obra *El hombre eterno*).

# De la Ciudad Estado al Imperio Universal

El gran objetivo romano se había realizado; el imperio universal era un hecho, y en su expansión, Roma, había de recoger nuevas ideas que le facilitarían la gobernación del Imperio.

A tres categorías podemos reducir estas nuevas ideas: jurídicas, políticas, filosóficas. Precisando más; nueva fórmula de gobierno, nueva concepción jurídica, nuevo pensamiento filosófico. Todas ellas, armonizadas, fueron dirigidas a un mismo fin: la unificación del Imperio.

Ante todo se buscó nueva forma de gobierno. ¿Cuál sería? La conquista romana había forjado excelentes caudillos, Pompeyo, César, Antonio... Encumbrados por sus brillantes éxitos, alcanzaban prontamente fama en los medios políticos de la *Urbs*, a la vez que sus espíritus albergaban una mayor ambición y que el instinto monárquico se elevaba entre ellos a alturas insospechadas.

Por otra parte su personalidad tropezó, en sus conquistas asiáticas, frente a un tipo de institución, que daba realidad tangible a sus ambiciones. Por eso, escribe con razón Ernest Barker, al hablar del imperialismo romano que "una evolución romana se encuentra con un concepto griego. Tal es la génesis de la concepción del imperio romano".

Así se justifican las palabras de Tácito, cuando en sus Historias (I, 1) dice que "después de la batalla de Actium el gobierno de uno sólo se hizo indispensable para la paz".

Y esto fué así porque al conquistar un mundo, tuvo Roma que elegir entre el mantenimiento de sus viejas tradiciones republicanas o conservar el recién conquistado Imperio. Que una reforma del régimen político romano era indispensable ya lo comprendieron políticos como los Gracos, Mario, Sila. Pero el problema estribaba en encontrar la nueva fórmula política.

Pompeyo no la encontró; César dió con ella, pero fué demasiado lejos. Creyó en un régimen monárquico de tipo helenístico, pero si bien el porvenir garantizó la fórmula, no era entonces momento propicio para aplicarla.

Octavio comprendió que la fuerza de Roma residía en una monarquía de tipo militar, pero a eso se le llama Imperio, y, por otra parte, la reacción republicana había sido tan violenta...

Por lo mismo, su preocupación fué hallar una fórmula romana que viniera a substituir la helenística ideada por César. Y la encontró; fué el Principado, su creación. Tratabase de conciliar con las nuevas necesidades, creadas por la conquista, las antiguas tradiciones mantenidas por la oligarquía senatorial. Ésta se alzó contra la monarquía de César, pero no contra la de Octavio, pues tuvo éste la suficiente habilidad de encubrir el régimen personal bajo el manto del Principado. Octavio comparte, en una verdadera *diarquía*, el poder con el Senado, aunque por otra parte su omnipotencia era absoluta. Tribuno y cónsul, poseía la potestad del *imperium* y le consideraron *princeps* entre sus conciudadanos. La nueva fórmula comenzaba su existencia.

El sistema del principado era constitucional y así vemos que los primeros emperadores de la dinastía Julio-Claudia se esforzaron en darle un sentido ampliamente democrático. Pero esto no era solamente un buen deseo. La situación del Imperio a partir del siglo II se transformará y la realeza autocrática de tipo helenístico que

ya se había dado en tiempos de los Ptolomeos y de los Seléucidas, penetrará en Roma.

Paralelamente al cambio político se operó la transformación del concepto jurídico entre los romanos. Fué el Helenismo, esta "doctrina transmarina atque adventicia", como la llamaron, un beneficioso elemento que contribuyó al desarrollo del viejo derecho romano, colocándole a la altura de las nuevas necesidades supranacionales.

Pero el Helenismo no habría realizado su cometido si, como escribe Momsen, no hubiera sido otra cosa que la idea griega fundida y transformada, a la larga, en el seno de la nacionalidad itálica.

El fondo de este consorcio, entre la idea y la nacionalidad, reposaba en la razón. La razón era el principio que guiaba a esa sociedad. Ahora bien, esta razón era para ellos el dictado de la naturaleza humana; por consiguiente concluían afirmando que toda ley que rígera a esa sociedad, de acuerdo con los dictados de la razón, era ley *natural*. Éste fué el gran principio sobre el que se asentó la filosofía de la *Stoa*.

Las barreras que antes separaban a los pueblos ya no existían. La Ciudad-estado había desaparecido. Lo indica Plutarco al hablar del Estoicismo cuando dice que "enseñaba que no debemos vivir en ciudades y *demos*, diferenciados por distintas normas de justicia, sino que debemos considerar a todos los hombres como pertenecientes a un mismo *demos* y como ciudadanos iguales".

Así fué la evolución del Derecho romano. El antiguo derecho civil va dejando de ser ritual y aparece un derecho nuevo, aplicado a la práctica cotidiana. Pero el cambio no se operó de una manera repentina; porque se puede decir que por espacio de tres siglos perduró la lucha entre el antiguo "ius civile" y el nuevo derecho honorario creado por los Pretores.

En síntesis de lo expuesto, también en el Derecho observamos la misma tendencia a la unificación. La nueva concepción jurídica del "ius gentium", asentada en la doctrina de una Ley natural, común a todos los pueblos, rompe definitivamente las ya cuarteadas murallas de las Ciudades-estados, que desaparecen.

Consecuencia de esta unidad en lo jurídico y paralelo a ella es el esplendor del Municipio. El Principado de Augusto fué la época de esplendor del sistema municipal. En consonancia con las nuevas ideas del Imperio, los Municipios, que habían sufrido graves quebrantos bajo el régimen centralizador de la Ciudad-Estado, obtuvieron por la "Lex Julia Municipalis", una amplia autonomía.

Por fin, la filosofía se hace común, asimismo, a todo el Imperio. Las escuelas griegas irradian sus doctrinas a las poblaciones multiformes del gran Imperio, porque "el pensamiento griego se había dedicado a concebir la realidad del mundo y a comprender la vida universal". Su influencia data de muy antiguo. Ya en el siglo II, a. J. C., las escuelas de Pérgamo y Alejandría enseñaron a los romanos los elementos de su filosofía. Pero el carácter latino era de tal índole que, fundamentando la vida del espíritu en el principio de la utilidad social, ahogaba a aquel espíritu en unas reglas que no siempre eran las suyas. Por eso fué a los romanos tan difícil aceptar en su integridad un sistema filosófico. Fueron, sobre todo, ecléticos.

L. Figueras Fontanals.

# ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE EL HIMNO XII DEL CATHEMERINON DE AURELIO PRUDENCIO

Al poeta cristiano Prudencio señalan los tratadistas de Historia de la Literatura latina y Latino-cristiana, unas características que bien pueden comprobarse en este Himno sobre la Epifanía.

Prudencio—lo hemos dicho ya en otra ocasión—es poeta formado intensamente en la tradición clásica de una parte y en la bíblica de otra. Cuando él escribe han pasado ya los tiempos áureos de la Literatura Latina y al viejo ideal de glorificación de la Roma pagana se ha substituído el nuevo y pujante del cristianismo, pero Prudencio que—naturalmente—no conserva la pura latinidad de un Virgilio o de un Horacio, guarda con bastante fidelidad los medios expresivos de estos escritores y en este sentido bien puede considerarse un continuador de aquéllos. Sin ánimo de agotar el tema ni mucho menos, me parece que bien pueden señalarse como características fundamentales del espíritu poético de nuestro autor: a) aptitud idéntica para tratar distintos temas; b) naturalismo—realismo mejor—de una manera particular, cierta complacencia en la descripción de escenas sangrientas, y c) uso frecuente de la alegoría y de la amplificación.

Entrando de lleno en el tema, comienza el Himno XII sobre la Epifanía por una minuciosa descripción de la estrella que guió a los Magos a Belén: “Estrella es más luminosa que el mismo sol y anuncia a las tierras que Dios ha venido en carne mortal... (1)” Pero no es este astro como los demás que cumplida su carrera forzosamente han de declinar y ocultarse, y aunque así no fuera, como le ocurre a la estrella polar, pueden ser apartadas de nuestra vista por la interposición de alguna nube (2), sino que “esta estrella permanece siempre, y no se pone, ni puede ocultar su intenso fulgor nube alguna” (3).

Continúase la narración con la presencia de los Magos que interpretan la significación de la estrella con estas palabras: “Estamos viendo algo extraordinario, que no puede tener fin, algo sublime, excelso, infinito y más antiguo que el cielo y que el caos” (4). Y aquí sí que aparece vibrante y desbordada la fe ardorosa del español Prudencio; un poeta clásico hubiese expresado lo mismo con una concisión que nuestro compatriota no puede tener, porque su imaginación es demasiado rica e impetuosa para contenerse en los términos de una sobria, esto es, clásica, descripción.

Veáse cómo sigue la interpretación que de la estrella hacen los Magos: “Este es aquel rey de las gentes y del pueblo judío, prometido al padre Abraham y a su descendencia, a quien a punto de sacrificar a su mismo unigénito

le fué prometido que su descendencia igualaría a las estrellas” (5).

Van los Magos siguiendo la estela de luz, que queda inmóvil al llegar al sitio en que reposa Jesús, recién nacido. Tiene esta escena de la adoración de los Magos caracteres que me atrevería a llamar arquitectónicos; todo en ella está dispuesto como en un cuadro: la estrella bajando su luz para iluminar con su resplandor la sagrada cabeza; los Magos sacando sus presentes para ofrecerlos de rodillas al Niño Dios; presentes orientales que tienen una significación trascendente, porque al ofrecerle oro declaran con ello el acatamiento a su realeza, y el incienso significa su divinidad y la mirra es como una alusión a la muerte que le aguarda y que él mismo destruirá para siempre con su propia resurrección gloriosa (6).

Inicia Prudencio en este punto un encendido elogio de Belén “la más grande con mucho de las grandes ciudades”. Sigue la narración evangélica del furor que produce en Herodes la noticia del nacimiento del Hijo de Dios. Fuera de sí ordena a sus soldados la muerte de todos los recién nacidos y son precisamente en estos versos en donde se pone de manifiesto esta complacencia de Prudencio por la descripción, minuciosa de espectáculos sangrientos: “Ve, coge la espada, y degüella a todos los recién nacidos entre los mismos pechos de sus madres” (7). Las escenas de horror se acumulan: “Los cráneos estrellados contra las rocas dejan escapar los lácteos cerebros—blandos como una masa lechosa—; los ojos salen por las heridas abiertas; otros son hundidos en aguas profundas y de sus estrechas gargantas escapan a un tiempo la onda y la vida en estertor de agonía” (8). La intención del poeta fué, sin duda, suscitar la conmiseración en torno a estas primeras víctimas y lo logra, sin duda alguna, pues es difícil acumular más horror en menor número de versos. Junto a lo espeluznante de estas descripciones es de notar la ternura emocionada de algún pasaje como éste: “El verdugo, buscando nuevas vidas que extirpar atraviesa con su espada desnuda los cuerpos recién salidos a la luz” (9). O éste

(5) Hic ille rex est gentium—populique rex judaici—promissus Abrahae patrieisque in aevum semine.—Aequanda nam stellis sua—cognovit olim germina—primus sator credentium,—nati immolator unici.

(6) Sed verticem pueri supra—signum pependit imminens—pronaque submissum face—caput sacratum prodidit.—Videre quod postquam Magi,—eo promunt munera—stratique votis offerunt—tus, myrram et aurum regium...—regemque deumque adnuntiant—thensaurus et fragrans odor—turis Sabaei, at myrreus—pulvis sepulcrum praedocet.—Hoc est sepulcrum, quo deus,—dum corpus extingui sinit—atque id sepultum suscitatur,—mortis refregit carcerem.

(7) .....satelles, i, ferrum rape,—perfunde cunas sanguine.—...interque materna ubera—ensem cruentet pusio.

(8) .....illisa cervix cautibus—spargit cerebrum lacteum—oculosque per vulnus vomit,—aut in profundum palpitans—mersatur infans gurgitem,—cui subter arctis faucibus—singultat unda et halitus.

(9) Transfigit ergo carnifex—mucrone districto furens—effusa nuper corpora animasque rimatur novas.

(1) Haec stella, quae solis rotam—vincit decore ac lumine,—venisse terris nuntiat—cum carne terrestri deum.

(2) Arctoa quamvis sidera—in se retortis motibus—obire nolint, atta men—plerumque sub nimbis latent.

(3) Hoc sidus aeternum manet,—haec stella numquam mergitur—nec nubis occurso abdita—obumbrat abductam facem.

(4) Illustre quiddam cernimus,—quod nesciat finem pati—sublime, celsum interminum,—antiquius caelo et chao.

otro: "Son tan pequeños aquellos miembros que el acero no encuentra sitio en donde herir" (10).

Los versos que siguen son especialmente famosos y la Iglesia los ha adoptado en su liturgia. Prueban por sí solos el genio múltiple de nuestro poeta, que junto a los versos de crudo realismo ya citados, es capaz de crear otros de una insospechada ternura. Mas no se ha de notar en ellos únicamente la delicadeza bellísima de sentimientos, sino que hay también, como hemos dicho de los que describen la Adoración de los Magos, elementos puramente arquitectónicos que componen una escena apacible y que, como dice el Dr. Riber, "tienen la inocencia de un idilio griego y una venustad toda catuliana".

He aquí los mentados versos: "Dios os salve, primicias de los mártires, a quienes el perseguidor de Cristo arrebató en el alba misma de vuestras vidas como arrastra un torbellino las flores al abrirse. Vosotros, víctimas primeras de Cristo, grey tierna de inmolados, jugáis inocentes, delante del ara misma con las palmas y las coronas de los mártires" (11).

Cita el P. Arévalo en su edición de las obras de Prudencio estos versos del poeta latino Estacio para que sirvan de comparación a los ya citados de Prudencio: "Qualia pallentes declinant lilia culmos pubentesque rosae primos moriuntur ad austros." "Cual lirios que doblan sus tallos secos y rosas recién abiertas que mueren a los primeros huracanes." No quiero abandonar este pasaje del himno sin citar—tomado también del P. Arévalo—un fragmento del Sermón 220 de S. Agustín del que parece desprenderse que éste conocía los versos de Prudencio; lo reproduzco porque a más de no desdejar aquí ilustra el pasaje de nuestro poeta. Dice así: "Quos Herodis impietas lactentes matrum uberibus abstraxit, qui jure dicuntur martyrum flores, quos in medio rigore inindelitatis exortos, velut primas crumpentes ecclesiae gemmas, quaedam persecutionis pruina decoxit." "Aquellos a quienes arrebató el cruel Herodes de los pechos de sus madres, bien pueden llamarse flores de los mártires, porque nacidos en medio del frío del paganismo, como brotes primeros de la Iglesia, fueron arrasados por la escarcha de la persecución."

Tanta sangre derramada no sirvió de provecho alguno a Herodes, porque Cristo escapó a la matanza de la misma manera que en otro tiempo Moisés a la persecución del Faraón. Y Prudencio entronca aquí de este modo una nueva narración—la del capítulo II del Exodo—: también el Faraón había vedado a las mujeres judías criar a sus hijos varones y también entonces, como la Virgen María

(10) .....locum minutis artubus — vix interemptor invenit, — quo plaga disce dat patens — juguloque maior pugio est.

(11) Salvete, flores martyrum, — quos lucis ipso in limine — Christi insecutor sustulit — ceu turbo nascentes rosas! — Vos, prima Christi victima, — grex immaculatum tener, — aram ante ipsam simplices — palma et coronis luditis.

engañó al tirano Herodes huyendo con su hijo recién nacido, de Belén, la madre de Moisés—"pie in tyrannum contumax"—"que piadosa resistía al tirano", conservó a su hijo, a quien el Omnipotente tomó en seguida por sacerdote suyo para que diese a conocer a su pueblo las Tablas de la Ley—"per quem notatam saxeis, legen tabellis traderet"—. El episodio del nacimiento de Moisés y la liberación que llevó a término del pueblo judío no tienen empero un valor aislado dentro del himno, sino que Prudencio lo liga al tema general de su composición, esto es, al mismo Jesús: porque Moisés, libertando de la esclavitud al pueblo de Israel, después de matar al Faraón, prefigura a Cristo liberándonos de las tinieblas de la muerte, vencido el demonio. Prudencio ve en la vida de Moisés continuas alusiones al Mesías: así cuando su ejército triunfó de Amalech, él se mantenía sobre una montaña con los brazos abiertos—"cruis quod instar tunc fuit"— "a la manera de una cruz". Todo el Antiguo Testamento es como una continua prefiguración del Nuevo y por eso Prudencio puede afirmar que los Magos pudieron ver al rey de Judá, porque "facta priscorum ducum—Christi figuram pinxerint", "los hechos de los primeros caudillos fijaron la figura de Cristo". Su figura y sus actos, porque la institución de los doce apóstoles ya estaba simbolizada en el libro de Josué. Con estos versos lo declara Prudencio: "Hic nempe Jesus verior... qui ter quaternas denique—refluentis amnis alveo — fundavit et fixit petras — apostolorum stemmata". "Este—Josué—fué un "salvador" más verdadero (que esto quiere decir Jesús), el cual fijó en el lecho del río (Jordán) que nuevamente fluía, doce piedras, origen de los apóstoles."

El himno se termina por una impresionante llamada a los pueblos todos del Universo para que reconozcan al Mesías como único Señor: "Alegraos, pueblos todos, Judea, Roma, Grecia, Egipto, Tracia, Persia, Escitia, tenéis un solo rey: alabadle todos, dichosos y desgraciados, vivos y muertos, que nadie morirá ya desde ahora".

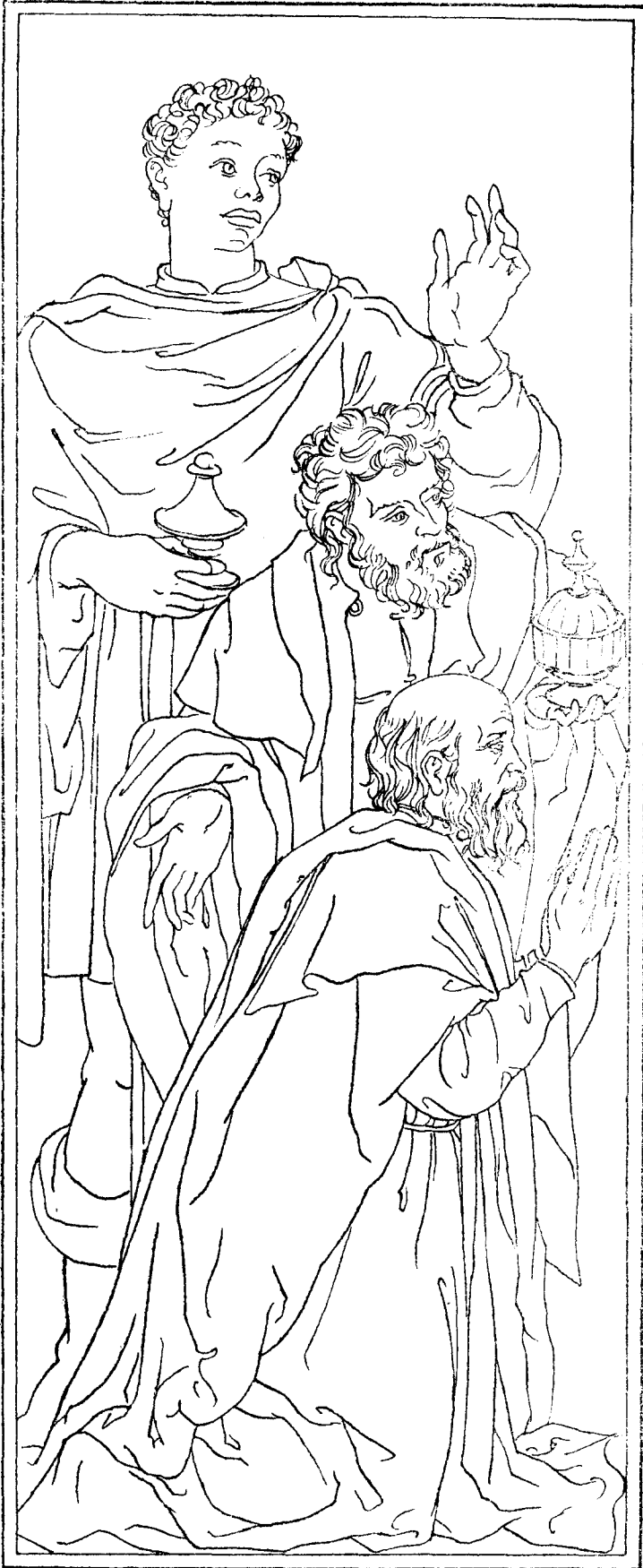
La idea de la unidad del mundo antiguo en la religión de Cristo aparece en otro lugar de la obra de Prudencio, en el poema "Contra Symmachum" que responde al alegato de éste en defensa del paganismo. Afirma Prudencio que la unidad política del Imperio romano fué obra de la Providencia de Dios, porque en un mundo dividido y separado en pueblos de lenguas y costumbres distintas hubiese sido muy difícil la penetración del Evangelio.

Destaquemos, en fin, que el último verso del poema—"iam nemo poshac mortuus"—es el grito de un alma de cristiana y firme esperanza en la vida eterna que ha lanzado con mayor emoción todavía en el himno X, refiriéndose a la exequias de un difunto: "Nec, si vaga flamina et aurae — vacuum per inane volantes, — tulerint cum pulvere nervos — hominem periisse licebit!". "No morirá el hombre aunque los vientos esparzan por el aire sus cenizas".

Joaquín Florit.

Es indudable que en este siglo de indiferencia y de duda ya no se comprende ni el amor apasionado a la verdad, ni el odio vigoroso a la mentira. Ya no se distingue la vehemencia inspirada por una ardiente caridad, de la cólera culpable, fruto del egoísmo.

(RAMIÈRE)



# Los Reyes:

Nacido es el Criador, que de la yentes es Senior  
Iré, lo aoraré, jo otrosí rogaré.  
Seniores à manana quiero andar:  
Querédes yr connigo al Criador rogar?  
Auedeslo veido?. Jo lo ui (sine dubdar)  
Nos ymos otrosí, sil' podremos falar:  
Andemos tras el strela, veremos el logar.  
-Cuémo podremos prouar si es home mortal.  
O si es rrey ó si es çelestial!...  
-Querédes bien saber cuemo lo sabremos?  
Oro, mirra é acenso á el ofreceremos.  
Si fure rey de tierra, el oro querrá  
Si fure ome mortal, la mirra tomará,  
Si rey çelestial, estos los dexará:  
Tomará el encenso quel pertenecerá.  
-Andemos á asil' fagamos (logo sine tardar).  
-Sáluate el Criador Deus et te curie de mal:  
Un poco te dineremos, ante queremos àl.  
Deus te dé longa vita et te curie de mal.  
-Ymos en romeria á aquel rey á adorar  
Ques nacido intra terra, nol' podemos fallar.  
-Qué decides? oydes? ¿A quin ides buscar?  
De qual' tierra venides? ¿ó queredes andar?  
Decitme vostos nombres, nom' los queredes celar.  
. . . . . A mi disen Caspar.  
Estotro Melchior ad acheste Baltasar.  
Rey unie es nacido ques Senior de tierra,  
Que mandará el seclo en gran paxe sines guerra.  
-Es así por uertad? -Si es, Rey, por caridat.  
-Èt cuemo lo sabedes et aprobado lo avedes?  
-Rei, uertad te dizremos, que prouado lo avemos.  
-Esto es grant marauila. -Una strela es nacida.  
Senial face ques naçido e in carne humana uenido.

# Magos

-Quánto ía que la uistes et que la percebistes  
 -XIII días à é mais non auerá  
 Que la auemos ueida e bien apercebida.  
 -Pus andat ý e buscat é á él adorad:  
 . . . . . E por aqui tornad:  
 Jo alá yré é adóralo è.  
 -Qui vió nunquas tan mal sobre mi otro tal?  
 Aun non so io morto, nin só la tierra posto.  
 Rei otro sobre mi!. Nunquas atal non ui.  
 El siglo ía acaga: ja non se que me faga.  
 Por uertad non lo creo ata que jo lo ueo.  
 Uenga mio majordoma qui mios aueres toma.  
 Itme por mios abades et por mis podestades  
 Et por mios screuanos et por mios gramatgos.  
 Et por mios strelleros é por mios retóricos:  
 Desirman la uertat, si jace ý scripto.  
 O si lo saben ellos o si lo han sabido.  
 -Rey, qualque te place? henos aqui venidos  
 -Ý traedes nostros scriptos?  
 -Rei, si traemos los meiores que nos auemos.  
 Pus catat et deçidme la uertad.  
 Si es aquel omme nacido que estos tres rees man di-  
 Di, Rabi la uertad, si tú lo às sabido. [cho.  
 -Por uertat vos lo digo que non es en scripto.  
 -Hamihalá? Cuémo eres enartado!  
 Porque eres Rabi clamado?  
 Non entendes las prophesias, las que nos dió Iére-  
 [mías.  
 -Por mi lei nos somos errados, porque non somos  
 [acordados.  
 Por que non deximos vertat, jo non la sé por caridat,  
 Por que non la auemos usada, nin en nuestras bocas  
 [es falada.



# La presentación del Cristianismo ante los filósofos

En el capítulo XVII de los *Hechos de los Apóstoles* refiere San Lucas que, después de haber predicado el Evangelio en Tesalónica y en Berea, San Pablo fué llevado a Atenas por los cristianos de Berea ante el alboroto promovido por los judíos incrédulos en la predicación del Apóstol, que desde Tesalónica habían ido a Berea amotinando al pueblo. Mientras aguardaba a sus compañeros Silas y Timoteo, que habían quedado en Berea, dice San Lucas que San Pablo se consumía interiormente considerando como Atenas estaba entregada a la idolatría; y que disputaba, en la sinagoga con los judíos y prosélitos, y en la plaza pública con los que se le ponían enfrente, entre los cuales hubo algunos filósofos epicúreos y estoicos. Al fin un día los que contendían con San Pablo, que eran aficionadísimos a novedades, le llevaron al Areópago, diciéndole: ¿Qué nueva doctrina es la que predicas? Te hemos oído cosas que jamás habíamos escuchado y deseamos conocer que es eso que enseñas. Entonces San Pablo, puesto en medio del Areópago, dijo a los atenienses: Advierto que casi sois nimios en lo atañante a la religión, porque al venir aquí y mirar las estatuas de vuestros dioses he visto un altar con esta inscripción: *Al Dios desconocido*. Pues bien, ese Dios que vosotros adorais aunque no le conocéis es el que vengo a anunciaros. Él es quien creó al mundo y a todos los seres contenidos en el universo; Él es el Señor del cielo y de la tierra, que no está encerrado y circunscrito en los templos fabricados por los hombres, ni necesita de éstos, sino que es quien les está dando la vida y todas las cosas; Él es quien de un solo hombre ha hecho nacer a todo el linaje humano: Él es quien ha fijado el orden de los tiempos y señalado los límites de cada pueblo, queriendo que los hombres le buscasen y, al fin, le hallasen: no está lejos de cada uno de nosotros, pues dentro de Él vivimos, nos movemos y existimos, y, según dicen algunos de vuestros poetas, somos del linaje de Dios. No debemos imaginar siquiera que Dios es semejante al oro, la plata o el mármol, de cuyas materias hace sus figuras el arte. Dios, que ha tolerado esta grosera ignorancia, ahora intima a los hombres todos y, de todas partes que hagan penitencia, porque tiene determinado juzgar un día al mundo con rectitud por medio de un varón a quien ha constituido juez universal, dando una prueba cierta de esto al haberle resucitado entre los muertos. San Lucas resume el efecto que este razonamiento de San Pablo produjo en los atenienses: algunos se burlaron; otros dijeron: Te volveremos a oír; y otros, finalmente, entre los cuales se encontraba San Dionisio Areopagita y cierta mujer llamada Damaris, creyeron en lo que el Apóstol había predicado.

Este discurso de San Pablo a los griegos, pronunciado en Atenas, *civitas philosophorum*, y en el Areópago, ante uno de los auditorios más cultos que entonces había en la tierra, parece que puede considerarse como la presentación oficial del Cristianismo a los filósofos. El razonamiento del Apóstol es algo así como si él hubiera dicho a los atenienses: la verdad que buscáis como filósofos a pesar de vuestros estudios e indagaciones, os es desconocida, no está en ninguno de los sistemas filosóficos que hasta ahora han expuesto los que el mundo considera sabios. No se

halla en los *Vedas*, ni en el Brahmanismo, ni en el Budismo de la India. No está en el Taoismo, ni en el Confucionismo de la China. No se encuentra en el Mazdeísmo de Persia. Es inútil buscarla en las escuelas que han florecido entre los helenos: la Jónica antigua, la Pitagórica, la Eleática, la Jónica nueva, la Sofística, la Socrática, la Académica, la Peripatética, la Estoica, la Epicúrea, la Escéptica, la Eclética... y esto porque todas estas escuelas tienen algo por lo menos erróneo no enseñan solamente la verdad; porque las doctrinas que ellas exponen son incompatibles en orden a lo que los hombres necesitan conocer respecto a Dios, al mundo y a sí mismos, y para ser felices, primero y en cuanto cabe, aquí en la tierra y después allá en la vida futura, que no ha de terminar jamás; y porque aún aquello verdadero que esas escuelas enseñan no se halla propuesto con la claridad y sencillez que son precisas para que todos lleguen a comprenderlo y admitirlo fácilmente. La verdad que buscáis y que, no obstante, desconocéis, está toda ella, íntegra y perfecta, en la doctrina que en Judea y Galilea enseñó un varón llamado Jesús, a quien Dios resucitó y a quien ha constituido maestro y juez universal de los hombres de todos los tiempos, naciones y razas.

Y, en efecto, la verdad cabal y completa no está en las enseñanzas de los filósofos anteriores a Nuestro Señor Jesucristo, ni siquiera en aquellos que defendieron doctrinas más perfectas.

No está en Sócrates: porque su Filosofía "envuelve el grave defecto de ser... esencialmente incompleta. Para el filósofo ateniense no hay más ciencia posible, ni más filosofía digna de este nombre que la ciencia ético-teológica... El mundo físico, y hasta el mundo antropológico y el mundo divino, si se exceptúa la base moral de los dos últimos, son objetos que no se hallan al alcance de nuestra ciencia. Nuestros conocimientos físicos, antropológicos, metafísicos y teológicos carecen de valor objetivo y científico si se les considera en el orden especulativo y con separación del orden moral. La naturaleza, atributos y destino del alma, lo mismo que la naturaleza, atributos y hasta la existencia de Dios, nos son conocidos porque y en cuanto envuelven relación necesaria con el orden moral; porque y en cuanto la conciencia y la ley moral no podrían existir si no existiera Dios: para Sócrates, lo mismo que para Kant en los tiempos modernos, la razón práctica y la ley moral constituyen el único criterio seguro para llegar a la realidad objetiva y a la existencia de Dios" (1).

(1) *Historia de la Filosofía por el P. Zeferino González*. T.º I. Madrid. 1886. Párrafo 54, Págs. 208 y 209.

Para juzgar en el orden filosófico a los más importantes filósofos de la época precristiana, me parece que, dado el carácter vulgarizador de CRISTIANIDAD, más conveniente que hacer el juicio, basándome inmediatamente en las fuentes directas para conocer las doctrinas de dichos filósofos, es transcribir los juicios que sobre ellos emite Fray Zeferino González, el más conocido de los historiadores españoles que hasta ahora ha tenido la Filosofía y que, para mayor autoridad suya en lo concerniente al orden religioso, fué cardenal de la Santa Iglesia Romana y Arzobispo Primado de España.



La verdad dentro del orden filosófico tampoco está en Platón; porque sus enseñanzas morales encierran "máximas detestables... y doctrinas horribles" (2); porque su política tiene carácter utópico y... tendencias socialistas y comunistas" (3); porque "en su Metafísica y especialmente en la parte que llamamos Teodicea, aunque se eleva a una altura a la que ningún filósofo anterior había llegado..., obsérvase que su concepto divino, sin dejar de ser elevado y hasta extraordinario en un filósofo gentil, se halla desfigurado por ideas que rebajan su importancia científica, cuales son, entre otras, la existencia del *Demiurgo*, o ser intermedio entre Dios y el mundo, y, sobre todo, la eternidad de la materia. Añádase a esto la confusión y la obscuridad con que se explica acerca de la verdadera naturaleza del *Demiurgo* y de la materia eterna, lo mismo que acerca del modo de existencia de las Ideas, las cuales aparecen unas veces como tipos existentes en la mente divina y otras como substancias subsistentes en sí mismas y por sí mismas, unas veces aparecen superiores a Dios e independientes, mientras todas aparecen subordinadas a su poder y voluntad. Idéntica observación puede hacerse con respecto a la psicología platónica. Sublime y verdaderamente filosófica cuando proclama la espiritualidad del alma y cuando demuestra su inmortalidad, y reconoce su origen divino, y coloca la esencia de la ciencia y la posesión de la verdad en el conocimiento de lo necesario, de lo inmutable, de lo eterno de la Idea; pero esa misma psicología decae, degenera y pierde su elevación, cuando reduce la ciencia a una mera reminiscencia, cuando nos habla de la preexistencia de las almas y de la metempsicosis, y de su unión accidental con el cuerpo y de sus purificaciones y ascensiones" (4).

La verdad total filosófica no está siquiera en los libros de Aristóteles, a pesar de ser éste el *Filósofo* por antonomasia y el organizador de esta ciencia, si es que no fué su verdadero padre: porque, no obstante toda la perfección que, indudablemente, existe en la Filosofía aristotélica, ésta "adolece de graves defectos... la falta de afirmaciones precisas acerca de la inmortalidad del alma, la negación de la providencia divina sobre todas las partes del universo, las afirmaciones referentes a la eternidad del mundo, a la solidez e incorruptibilidad de los cielos, a las inteligencias o ángeles que mueven las esferas... Defecto grave es, también, de la Filosofía de Aristóteles la separación que establece entre la idea teológica y la idea ética. La idea de Dios, base metafísica y sanción real y última del orden moral, apenas se deja ver en la Filosofía ética de Aristóteles, cuya teoría moral ofrece un aspecto puramente racionalista y entraña una sanción casi exclusivamente humana y empírica que tiene gran afinidad con la moral independiente de nuestros días" (5); y, además, en cuestiones sociales, Aristóteles tiene doctrinas erróneas y evidentemente inaceptables en cuanto a la esclavitud y a la existencia y educación de los hijos.

En cambio, en el Cristianismo, dentro del orden filosófico como en todos los demás, está la verdad y solamente la verdad: nada hay en lo que el Cristianismo enseña que sea error, que no sea verdad. El Cristianismo, como lo indica su propio nombre, es la religión y la doctrina de Nuestro Señor Jesucristo. Nuestro Señor Jesucristo afirmó claramente y probó apodícticamente que, en realidad, Él es Dios. Luego el Cristianismo es religión fundada y doctrina enseñada por el mismo Dios. Es metafísicamente imposible, encierra en sí contradicción y repugnancia, que Dios, Ser infinitamente perfecto, sabio y veraz, enseñe lo que no sea verdad, sino error: porque si así lo hiciera dejaría de ser infinitamente perfecto, sabio y veraz, dejaría de ser

Dios. Luego, *a priori*, cuanto contiene la religión y la doctrina del Cristianismo, es verdad, no puede ser error. Además los dogmas y enseñanzas del Cristianismo han sido todos ellos minuciosísimamente examinados y aquilatados por los varones sapientísimos, unos adictos fervorosos de la sagrada persona y de la doctrina de Nuestro Señor Jesucristo y otros enemigos acérrimos de Él y de sus enseñanzas; y ninguno, ni aquéllos ni éstos, han podido señalar en dichos dogmas nada que no sea rigurosamente verdad, nada que tenga algo de error. Luego, *a posteriori*, cuanto se contiene en los dogmas del Cristianismo es verdad, y no existe en ellos error alguno.

Las doctrinas de la Filosofía gentilica y pagana tampoco contienen toda la verdad, ni podían contenerla.

Hay verdades naturales, que el entendimiento humano puede conocer con solas sus luces naturales mediante el raciocinio; y hay verdades sobrenaturales, que el entendimiento humano con solas sus luces naturales y aunque use todo su poder discursivo es incapaz de conocer y que para poseerlas necesita el auxilio sobrenatural de la revelación, que Dios se las manifieste y enseñe.

No son necesarios prolijos razonamientos para demostrar que, en efecto, tienen que existir verdades sobrenaturales en el sentido expuesto. El hombre es ser limitado y finito: luego limitadas y finitas serán también todas sus facultades: luego el entendimiento humano es limitado y finito. Dios es Sér infinito, y no sería Dios si no lo fuera. Luego es metafísicamente imposible que el entendimiento finito del hombre conozca y comprenda al Sér infinito de Dios en cuanto este Sér es cognoscible, es decir, con conocimiento adecuado, cabal y del todo perfecto. Para que este conocimiento fuera posible, o el entendimiento humano tendría que dejar de ser limitado y finito para tornarse en infinito, o el Sér de Dios habría de dejar de ser infinito. En otra forma: para que el entendimiento humano abarcara total y perfectamente al Sér de Dios y le conociera adecuada y perfectamente sería necesario, o que el entendimiento humano dejara de ser entendimiento de hombre y se convirtiera en entendimiento divino, o que el Sér de Dios dejara de ser Sér de Dios y se convirtiera en sér finito y limitado. Luego necesariamente han de existir para el entendimiento humano verdades sobrenaturales, verdades relativas a Dios que aquel entendimiento finito y limitado no pueda llegar a conocer con solas sus luces y fuerzas naturales y que si ha de llegar a poseer necesita que Dios, único Sér que conoce su propia entidad con conocimiento adecuado, comprensivo y perfecto se las revele y enseñe. Es, pues, necesario que existan verdades sobrenaturales en orden al entendimiento humano.

Los filósofos gentiles, por grande que fuese su entendimiento, desconocieron las verdades sobrenaturales: porque si fueron gentiles no tuvieron el auxilio de la revelación, único medio para llegar el hombre al conocimiento de las verdades sobrenaturales: Luego los filósofos gentiles, no pudieron enseñar las verdades sobrenaturales, porque las desconocieron. Así fué, en efecto: ninguno de los filósofos gentiles expone una verdad que sea propiamente sobrenatural. Luego la Filosofía gentilica y pagana, aunque contuviera la verdad sin error alguno, que, como antes vimos, no la contiene, nunca poseería toda la verdad, siempre le faltarían las verdades sobrenaturales.

En cambio, el Cristianismo, como es doctrina enseñada por nuestro Señor Jesucristo, que es verdadero Dios y verdadero hombre, posee, no sólo las verdades naturales sin mezcla de error alguno, sino también las verdades sobrenaturales, porque estas últimas las tiene enseñadas y recibidas por manifestación y revelación directa e inmediata del mismo Dios. Luego el Cristianismo posee lo que

(2) y (3) Obra, tomo y edición citados. Párrafo 69. Pág. 258.

(4) Obra, tomo y edición citados. Párrafo 69. Págs. 258, 260 y 261.

(5) Obra, tomo y edición citados. Párrafo 76. Págs. 326 y 327.

no tiene ni puede tener ninguna de las filosofías gentílicas, las verdades naturales y las sobrenaturales, toda la verdad, cuanto el hombre necesita conocer respecto a Dios, al mundo y a sí propio, y para ser feliz en la vida temporal y en la eterna e inextinguible.

El servicio que el Cristianismo hace al entendimiento humano enseñándole las verdades sobrenaturales es, realmente, inapreciable: porque le da noticias ciertas que de otro modo no hubiera alcanzado jamás, y noticias relativas a los objetos supremos del conocimiento humano: Dios y lo que a Dios concierne. Luego el Cristianismo ensancha y perfecciona el conocimiento del hombre llevándole a donde nunca hubiera llegado la humana y natural Filosofía.

Pero además de este, al enseñar el Cristianismo las verdades sobrenaturales, hace también otro muy grande servicio al entendimiento del hombre en orden al conocimiento de las mismas verdades naturales que el entendimiento humano puede alcanzar con solas sus luces naturales; y esto por dos motivos:

Primero: Porque apoyándose en los dogmas del Cristianismo, es decir, en las verdades sobrenaturales, el entendimiento humano descubre y llega a conocer verdades naturales, que, aunque de suyo son asequibles con las luces naturales del entendimiento humano, éste, si no fuera por el apoyo que le prestan las verdades sobrenaturales, no hubiera llegado a poseer. Según las enseñanzas sobrenaturales, en la Sagrada Eucaristía, en virtud de la transubstanciación eucarística, se verifica la separación de las sustancias del pan y del vino de sus respectivos accidentes; y aquellas sustancias dejan de existir y los accidentes continúan existiendo sin sustancia alguna que les sirva de sujeto de inhesión, pero sin ser ellos sustancia, sino conservando la entidad de accidentes y sustentados, los accidentes distintos de la cantidad en el accidente de cantidad; y este, por la virtud omnipotente de Dios, que sobrenatural y milagrosamente suple el efecto formal de la sustancia en orden a la sustentación del accidente, aunque Dios no sea el sujeto de inhesión ni de la cantidad ni de los demás accidentes eucarísticos. Asimismo, en la Sagrada Eucaristía se hallan real y verdaderamente presentes el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo. Luego en la Sagrada Eucaristía está la cantidad, las partes del cuerpo y de la sangre de nuestro Señor Jesucristo; más dichas partes no están extendidas en el espacio, el cuerpo y la sangre del Salvador, en la Sagrada Eucaristía no ocupan el espacio que naturalmente les corresponde. Luego en la Sagrada Eucaristía la cantidad del cuerpo y de la sangre del Redentor produce su efecto formal primario, extiende las partes del cuerpo y de la sangre del Señor en orden a la realidad entitativa del cuerpo y de la sangre de Jesucristo; pero no produce su efecto formal secundario, no extiende las partes del cuerpo y de la sangre de Jesús en orden al espacio. Pues bien, sin las enseñanzas de los dogmas sobrenaturales acerca de la Sagrada Eucaristía, ¿cuándo el entendimiento humano hubiera llegado a conocer estas dos verdades naturales: A) es intrínsecamente posible, no repugna ni encierra contradicción, la separabilidad de los accidentes respecto a su sustancia sustentante, ni que, desapareciendo esta sustancia, los accidentes que ella sustentaba, sin dejar de ser accidentes, sigan existiendo, pero sin estar inherentes en sustancia alguna; y B) es intrínsecamente posible, no repugna ni encierra contradicción, que la cantidad, sin dejar de ser cantidad, produzca sólo su efecto formal primario: extender las partes del cuerpo cuanto en orden al mismo cuerpo, y no produzca su efecto formal secundario; extender las partes del cuerpo cuanto en orden al espacio?

Segundo: Porque el estudio y la reflexión sobre las

verdades sobrenaturales que el Cristianismo enseña da ocasión para que, apoyándose en estas verdades sobrenaturales y acuciado por el deseo de entenderlas con cuanta perfección sea posible a la debilidad del entendimiento humano, éste aquilate y precise conceptos filosóficos que sin la ocasión que para ello prestan aquellos dogmas nunca hubiera aquilatado y precisado tanto. Según los dogmas y verdades sobrenaturales de la Santísima Trinidad y de la Encarnación del Verbo, en Dios hay unidad de esencia, de naturaleza y de substancia subsistente en trinidad de hipóstasis, de personas; y en nuestro Señor Jesucristo, el Verbo humanado, hay unidad de hipóstasis, de persona, que sustenta a dos naturalezas distintas, una divina y otra humana. Pues bien, si no hubiera sido por los dogmas y verdades sobrenaturales de la Santísima Trinidad y de la Encarnación del Verbo, el entendimiento humano ¿hubiera aquilatado y precisado los conceptos de esencia, naturaleza, sustancia, hipóstasis y persona de suerte que hubiera llegado a conocer esta verdad de orden natural, asequible a las solas luces del entendimiento humano: no repugna, no encierra contradicción, el que una misma esencia, naturaleza o sustancia subsista en tres hipóstasis o personas distintas, y el que una misma hipóstasis o persona haga subsistir a dos naturalezas distintas? La Metafísica aristotélica, con ser el Estagirita el más excelso y perfecto de los filósofos no cristianos no llega a tanto.

Luego con la enseñanza de las verdades sobrenaturales, el Cristianismo hace un servicio realmente extraordinario al entendimiento del hombre por los motivos que quedan expuestos.

Las verdades básicas del orden religioso y asequibles con las solas luces de la razón natural, que la Filosofía gentílica llegó a poseer y a enseñar, ¿las puede proponer con sencillez y de modo que todos, aun los rudos y faltos de preparación científica, asientan a ellas con facilidad y certeza después de haberlas entendido?

Si no hubiera otro medio para demostrar y convencer al hombre de esta verdad de orden natural y a la vez capitalísima en lo religioso: Dios existe, verdad que poseyeron y enseñaron muchísimos filósofos gentiles, que el argumento basado en la necesidad de admitir, supuesto el hecho evidente para todos de la existencia del movimiento, un primer motor inmóvil, ¿sería posible que hombres incultos, que casi no entienden el significado de las palabras que intervienen en el argumento consabido, llegaran a adquirir, merced a tal demostración, la certeza plena y perfecta que necesita todo ser racional, de que, en realidad, existe Dios? Verdades fundamentales también en el orden religioso y de carácter natural, asequibles, por lo tanto, con solas las luces del entendimiento humano, son éstas: el mundo tuvo comienzo en su existencia merced a un acto creador, productor *ex nihilo*; y el alma humana es inmortal. Y, sin embargo, no un filósofo cualquiera, sino el excelso Platón sostuvo la eternidad de la materia y, por consiguiente, el ser ella improductiva e independiente, por lo mismo, de la casualidad divina; y Aristóteles, el *Filósofo* por excelencia, habló de la inmortalidad del alma humana en tal forma que ¿cuánto no es lo que se ha escrito e investigado para saber si defendió o no que el alma humana es inmortal? Pues si esto ha acontecido respecto a estas dos verdades de orden natural tan fundamentales en lo religioso, y con los dos filósofos no cristianos más eximios, si no se contara con otros medios de demostración que los que poseía la Filosofía gentílica, ¿sería posible que todos los hombres, aunque los que desconocen los rudimentos de la Filosofía, alcasaran fácilmente la certeza y convicción que necesitan tener de estas dos verdades de orden natural y religioso: el mundo ha sido creado por Dios y todo hombre posee un alma inmortal?

En el Cristianismo no ocurre esto, sino que la certeza de las verdades que él enseña es fácil y asequible para todos, aun para los rudos e iletrados: porque para llegar a alcanzarla no son necesarios dilatados estudios ni aun preparación científica, basta con saber estas dos cosas: Primera: Dios, Ser infinitamente sabio y santo no puede engañarse ni engañar cuando habla y enseña, bien lo haga Él directamente, bien lo realice por medio de otro. Segunda: Dios ha revelado las verdades dogmáticas, y encarga a la Santa Iglesia Católica que conserve intacto el sagrado depósito de esas verdades y lo transmita a los hombres, asistiéndola Él siempre para que, al hacer todo esto, la Iglesia no yerre nunca. Es decir, basta la fe. Con ella sólo, el hombre no tendrá conocimiento científico, ni menos filosófico, de la verdad, pero tendrá fácilmente y con la certeza y seguridad mayores que son posibles las verdades fundamentales de la Religión y, también, de la Filosofía. Y para llegar a estos conocimientos basta conocer ese librito claro, breve y sencillo que se intitula *Catecismo de la Doctrina Cristiana*, y creer.

Luego el Cristianismo hace lo que no hizo ninguna de

las filosofías gentílicas: enseñar a todos con la claridad y sencillez que son precisas para que lo entiendan aun los rudos e iletrados las verdades básicas del orden religioso.

La predicación del Cristianismo fué, pues, el perfeccionamiento de todas y cada una de las escuelas filosóficas precristianas, aún de las más excelsas, en lo que ellas tenían de verdadero; fué el hecho más trascendental que ha existido en los siglos en orden a la cultura de la humanidad; fué el poner, con certeza absoluta y con sencillez perfecta, las verdades más sublimes y necesarias al alcance incluso de los niños: fué dar a los hombres la enseñanza precisa para que lleguen a ser siempre felices... Razón hay para que los filósofos de todos los tiempos caigan de hinojos ante nuestro Señor Jesucristo; y con la mente, con la voluntad y con el alma entera le digan: Tú eres el maestro y el doctor por excelencia, Tú eres la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, Tú eres la sabiduría subsistente, Tú eres ¡la verdad!

Marcial Solana.

## NANA

A la nanita nana  
no alborotéis.  
y a Jesús dormidito  
pronto veréis.

Bajaron volando  
muchos angelitos:  
la cuna mecieron  
poquito a poquito.

La Virgen en tanto  
pañales hacía.  
San José cantando  
la sopa cocía.

A la nanita nana, etc...

Brillan en el cielo  
todos los luceros,  
que el establo alumbran  
por un agujero:

curiosa estrellita  
por él se coló:  
a Jesús despierta  
su dulce fulgor...

A la nanita nana, etc...

Llegan los pastores  
todos en tropel,  
unos le traen queso,  
otros le traen miel:

dejan sus ofrendas  
postrados de hinojos,  
y el Niño sonríe  
con sus lindos ojos.

A la nanita nana, etc...

Entra un corderito  
con un lazo azul:  
Quiere calentar  
los pies de Jesús:

y ese conejito  
su piel finá y blanca  
le da para hacerse  
con ella una manta.

A la nanita nana, etc...

¡Ya vienen los Reyes!  
que llegan de Oriente:  
las coronas de oro,  
ricos los presentes;

corceles, camellos  
de andar muy pausado,  
y esclavitos negros  
de pelo rizado.

A la nanita nana, etc...

Corramos nosotros  
con gran devoción  
a darle, en ofrenda,  
nuestro corazón:

Pues Dios, a este suelo,  
dichoso ha bajado  
y el rumbo seguro  
del Cielo ha enseñado.

A la nanita nana, etc...

CONCHA DE MOXÓ

(De su obra CANTARES DE GALEOTE, prologada por E. Marquina)

# La ciencia y la técnica en los primeros años de nuestra Era

En este número de CRISTIANIDAD dedicado a la Epifanía del Señor, no será acaso equivocado que en unas pequeñas notas de carácter accesorio recordemos los adelantos científicos y técnicos que la Humanidad había alcanzado en la época en que Jesucristo vino al mundo.

Viva todavía en Oriente la ciencia tradicional encerrada herméticamente en algunas castas y familias y que está representada por los tres misteriosos Magos que se arrodillan ante el Salvador, en Occidente son en cambio ya viejos los siglos, que luego tan cercanos han sido, en que las olas del mar Egeo se rompían admirando la sutil y desinteresada especulación de la Filosofía y de la Matemática.

A principios de nuestra era los pueblos del Imperio, en un práctico usufructo de los adelantos de la técnica, habían aprendido a orientarse en el mar y a navegar cómodamente, a curar sus enfermedades y remediar sus traumatismos, a construir temibles armas y poderosas fortificaciones, a mandar mensajes a gran distancia, a construir soberbias edificaciones, a fabricar aparatos medidores del tiempo y multitud de mecanismos automáticos, a preparar preciosos tejidos y variados colores y hasta a prever, en fin, con anticipación de siglos el movimiento de los astros.

Aunque a todos los lectores aficionados al estudio de estas cosas les parecerá, con la perspectiva de los siglos, que los primeros años de la era cristiana se encuentran ya en la cuesta abajo de esta enorme anticlinal que en la Historia de la Cultura representa la Ciencia de la Edad Antigua, no puede haber la menor duda de que en aquellos días todas las clases sociales debían sentirse más satisfechas y seguras de la ciencia de su tiempo, que el común de las gentes lo está hoy día de la del nuestro, y si alguien advertía el escaso progreso que habían realizado en los dos últimos siglos las disciplinas de carácter especulativo y teórico, podía considerarlo como prueba de que éstas habían llegado ya al límite de sus posibilidades, lo cual, en cierto sentido, era acaso cierto.

Pues, ¿quién podía superar a Euclides, maestro del rigor, cuya obra ha constituido la base de la enseñanza de la Geometría durante más de veintidós siglos consecutivos? Si hasta fecha muy reciente no se ha comprendido a duras penas la necesidad y la independencia de sus postulados, nadie puede ahora, ni menos podía entonces, soñar en edificar una Geometría más sólida sobre bases más reducidas.

En la antigüedad Arquímedes fué extraordinariamente respetado y admirado como lo demuestra no sólo la viva descripción que de su genio militar nos hace Plutarco en su "Vida de Marcelo", sino también los inventos reconocidos como imposibles que, con evidente exageración, en el curso del segundo siglo de nuestra era le atribuyen Galeno y Luciano de Samosata. Pero ante todo, Arquímedes fué el creador de la Física matemática y particularmente de la Mecánica de los Flúidos y a pesar del enojoso sistema de numeración de su época y que él intentó corregir en su curiosa obra el "Arenario", fué uno de los mayores calculistas que han existido, determinando el número con más cifras que las que hoy necesitamos en la práctica, y calculando las áreas limitadas por ciertas líneas curvas

con tanta precisión y elegancia como hace hoy el Cálculo Integral con sus modernos métodos.

Hiparco de Nicea fué astrónomo, pero un astrónomo que desconocía estos maravillosos instrumentos que nos acercan millares de veces los astros observados; Hiparco tuvo que limitarse a escrutar el cielo a simple vista desde la isla de Rodas.

Hiparco conoció, prácticamente, casi todo lo que vale la pena de ser sabido de nuestra Trigonometría Esférica y comparando sus observaciones con las que había hecho ciento cincuenta años antes Timocaris, observador mucho menos preciso que él, descubrió la llamada precesión de los equinoccios, que es un movimiento como de trompo del eje del mundo que hace que el punto Aries recorra la eclíptica entera en veinticinco mil setecientos sesenta y cinco años.

Determinó también que el mes lunar (sinódico) era de veintinueve días, doce horas, cuarenta y cuatro minutos, dos segundos, cinco décimas, que difiere en menos de un segundo del valor admitido hoy día, y cifró el año sideral en trescientos sesenta y cinco días, seis horas y diez minutos, en vez de trescientos sesenta y cinco días, seis horas, nueve minutos, diez segundos y setenta y cinco centésimas, a que lo reducen los cálculos modernos.

Eratóstenes, uno de los bibliotecarios que se sucedieron en la suprema jerarquía de la Biblioteca de Alejandría, determinó que era de cinco mil estadios la distancia que separaba esta ciudad de la Siena, situada en el alto valle del Nilo, siendo así que la distancia real era cinco mil veintidós; de esta manera calcula la circunferencia de la Tierra en unos doscientos cincuenta y dos mil estadios, o sea, unos treinta y nueve mil seiscientos kilómetros; y debe recordarse a este respecto que en el esferoide de Bessel, la longitud real de un meridiano es de cuarenta mil tres kilómetros, y la del Ecuador de cuarenta mil setenta kilómetros; por lo tanto, la medición de Eratóstenes resulta mucho más precisa que todas las mediciones geodésicas anteriores a 1736, incluso a las de Picard y Cassini, y sin duda comparable a las que resultaron de las caras y difíciles expediciones a Laponia y al Perú del segundo tercio del siglo XVIII.

No hemos de describir aquí la belleza intrínseca del sistema de Aristóteles aunque acaso no estará de más insistir sobre el hecho de que nunca ha vivido en el mundo un hombre que supiese tanto de Zoología sobre todo relativa a los animales del mar; cada año nuestros sabios "descubren" hechos que luego se comprueba que eran ya conocidos del Estagirita y para citar un ejemplo ya clásico en vez de otros más recientes, mencionemos que los naturalistas Grassi y Calandruccio demostraron en 1896 que las anguilas de nuestros ríos proceden del pequeño ser entonces llamado *Leptocephalus brevirostris*; pues bien W. D'Arcy Thompson ha enseñado que este hecho (que es el que puso sobre la pista de la fecundación de las anguilas que tiene lugar en mares remotos) era ya conocido de Aristóteles, y que ello no había sido apercibido por sus lectores a causa de una defectuosa comprensión del texto griego.

Pero más que sus conocimientos zoológicos, lo que seduce y arrebató en Aristóteles es la maravillosa simetría

de su sistema, la serena lógica que todo él respira, su universal aplicación y su armónica unidad. Su Ciencia satisfacía cualquiera curiosidad del espíritu humano, sus leyes se comprobaban en todas ocasiones. No fué hasta mediados del siglo XVI que, ignorado el genio fugaz de Leonardo de Vinci, el ilustre segoviano fray Domingo de Soto dió con unas ideas distintas respecto a la caída de los graves, adelantándose con ello, como nos enseña Pierre Duhem, de medio siglo a Galileo.

Nunca ha tenido el hombre, con razón o sin ella, una sensación tan clara de poseer la verdad como cuando tiene en la mano una de las obras de Aristóteles; pero es oportuno recordar aquí que estas obras no fueron conocidas hasta que Andrónico de Rodas las publicó en Roma en los últimos años del I siglo antes de Cristo.

Y dejando el período helenístico para estudiar los adelantos ya más prácticos de los últimos años antes de J. C., indicaremos que fué en el año 45 cuando por orden de Julio César aconsejado por Sosígenes de Alejandría, la Humanidad consiguió un calendario casi perfecto cuya última y definitiva corrección tuvo lugar en tiempos de Augusto.

Y es en esta época en la que también vivió Vitruvio, el más insigne de los técnicos de la Antigüedad, célebre ingeniero militar y autor del gran tratado "De Architectura". Y hacía relativamente pocos años que el mundo se había maravillado con los inventos de Ctesibio, Filón de Bizancio y Herón de Alejandría, sabios ingenieros, el último de los cuales construye un aparatito con ruedas dentadas de hierro y cobre que permite totalizar el camino recorrido por un vehículo. Y podríamos citar todavía a Polibio que inventó un curioso y práctico telégrafo óptico, y a tantos otros que harían monótona y árida esta descripción.

En la segunda mitad del siglo I antes de Jesucristo, los geógrafos romanos recorren el Imperio anotándolo y midiéndolo, y en el reinado de Tiberio, Estrabón de Amasia (Capadocia) publica su formidable Geografía en diez y siete libros, a la que debe añadirse en el año 44 de nuestra era el tratado "De situ orbis" de Pomponio Mela, natural probablemente de Algeciras, el primer tratado que fué escrito en latín.

El meticuloso y correcto gaditano Lucio Junio Moderato Columela viajó por todo el Imperio y allá por el año 30 de nuestra era se estableció en Roma, donde escribió el mejor tratado de agricultura de la Antigüedad titulado "De Re Rustica" y en él se expresa así:

"Por todas partes veo escuelas abiertas a los sabios, músicos, y hasta gimnastas; los cocineros y barberos están en boga; se toleran casas infames en donde todos los juegos y todos los vicios atraen a la imprudente juventud; y, en cambio, el arte que fertiliza la tierra no tiene maestros ni discípulos ni justicia ni protección. Si queréis edificar, encontraréis arquitectos a cada paso; si vuestro temperamento os lleva a correr aventuras navieras, por todas partes hallaréis constructores de barcos; pero si lo que deseáis es sacar partido de vuestra heredad o mejorar los procedimientos de cultivo no hallaréis ni guías ni gentes que os comprendan".

Sin embargo, en esta obra, Columela mismo se constituye en guía, con lo que pone la Agricultura y la Ganadería a mismo nivel que las otras técnicas de su época de las que tan orgulloso decía se podía estar.

Todas las ciencias y técnicas, como se ve, estaban brillantemente cultivadas y así, por ejemplo, la Meteorología y la Geografía física están representadas por Lucio Anneo Séneca, nacido en Córdoba, el año 3 ó 4 antes de J. C., y fallecido en Roma el 65 después de J. C., pero deseamos ocuparnos en último término de la Medicina si bien intercalaremos antes una ligera digresión.

\* \* \*

Se sostiene a veces que a lo largo de los siglos se observan ciertos elementos permanentes que se han calificado de "constantes históricas" y que acaso un matemático preferiría llamarlos "invariantes de un sistema".

Así en la historia política, la idea de Imperio y en la historia de las causas formales, el gusto por lo que Eugenio d'Ors llama "lo barroco" serían invariantes de tal naturaleza.

Pues bien; un invariante que se encuentra en la historia de las causas finales es indudablemente un cierto escepticismo que siempre la Humanidad ha sentido respecto a la ciencia de sus médicos.

En la literatura de todas las épocas, desde las primeras comedias griegas hasta nuestro casi contemporáneo Santiago Rusiñol, pasando por las obras maestras del siglo de Molière y de Holberg, siempre se ha deslizado alguna duda relativa al valor real de la ciencia médica.

Aun hoy día, en que se encarcela a los ingenieros y arquitectos, se forman consejos de guerra contra los militares derrotados y se admiten reconveniones por daños y perjuicios contra procuradores y abogados, en ningún país se procede de oficio contra el médico cuyo paciente muere, y según nuestras noticias sólo en un país, y con muchas restricciones, se inicia una débil acción contra el cirujano sin éxito. Sin pretensión de ironía de gusto Luis XIV, podríamos observar que en general más bien lo que parece sorprender a los legisladores es la posibilidad de que sin la intervención del médico sobrevenga la muerte.

Pues bien, Celso, o quienquiera que fuese el verdadero autor de la obra que acostumbramos a citar con el título "De Re Medica" y que en todo caso vivió en tiempos de Augusto y de Tiberio, nos explica en el Prefacio del Libro I de su obra el caso ocurrido en su época, de la muerte de una ilustre dama romana, que según Morgagni debía de padecer una eversión del útero ya gangrenado; y añade Celso que cree "que (los médicos más célebres) no ensayaron nada en esta ocasión porque ninguno de ellos quiso arriesgar un juicio propio respecto de una persona de alta alcurnia por el temor de ser acusado, en caso de fracaso, de haber muerto la enferma".

Dicho de otra manera: en Roma, en el siglo I se consideraba que la ciencia de los médicos era tan segura que el legislador entendía que se podía acusar de homicida al médico que no acertaba a curar al enfermo y el castigo del médico era desde luego proporcionado al rango del cliente perjudicado.

En estas circunstancias, se comprende que los médicos sólo debían de actuar con cierta sensación de libertad cuando trataban esclavos, y, en cambio, en las personas importantes, su ciencia se limitaría a la del diagnóstico y abandonarían a su propia suerte aquellos cuyo fin se viese sombrío como hacía el médico del antiguo cuento "El Ahijado de la muerte".

\* \* \*

Creemos que lo anterior pone de relieve no sólo los brillantes resultados conseguidos por la Ciencia y la Técnica en el siglo I de nuestra Era, sino también lo engréida y satisfecha de sí que estaba en este aspecto la Sociedad de los años en que Jesús vino al Mundo y se manifestó a los hombres.

Pensemos ahora en aquellos once hombres ignorantes, que pescaban en un mar interior de los confines del Imperio, gente rebelde de un pueblo discolo, sin otra amistad que la viuda de un obrero, sin más medio de expresión que un solo dialecto de una lengua poco difundida, perseguidos en su propia patria, sin más ciencia que un amasijo de leyendas locales, y pensemos que es a esta sabia y engréida Sociedad a la que aquellos once hombres se lanzaron audazmente a conquistar.

*Fraxinus Excelsior.*

# EL NOMBRE DE JESÚS

Por FRAY LUIS DE LEÓN

El hombre, de su natural, es movelizo y liviano y sin constancia en su ser y por lo que heredó de sus padres, es enfermo en todas las partes de que se compone su alma y su cuerpo, porque en el entendimiento tiene obscuridad, y en la voluntad flaqueza, y en el apetito perversa inclinación, y en la memoria olvido, y en los sentidos, en unos engaño y en otros fuego, y en el cuerpo muerte y desorden entre todas estas cosas que he dicho, y dissensiones y guerra, que le hazen ocasionado a cualquier género de enfermedad y de mal. Y, lo que peor es, heredó la culpa de sus padres, que en enfermedad en muchas maneras, por la fealdad suya que pone, y por la luz y la fuerza de la gracia que quita, y porque nos enemista con Dios, que es fiero enemigo, y porque nos subjecta al demonio y nos obliga a penas sin fin. A esta culpa común añade cada uno de las suyas, y para ser del todo miserables, como malos enfermos, ayudamos el mal y nos llamamos la muerte con los excesos que hazemos. Por manera que nuestro estado, de nuestro nascimiento, y por la mala elección de nuestro albedrío, y por las leyes que Dios contra el peccado puso, y por las muchas cosas que nos combidan siempre a peccar, y por la tiranía cruel y el sceptro durísimo que el demonio sobre los peccadores tiene, es infelicitísimo y miserable estado sobre toda manera, por donde quiere que le miremos. Y nuestra enfermedad, no es enfermedad sino una summa sin número de todo lo que es doloroso y enfermo.

El remedio de todos estos males es Cristo, que nos libra dellos en las formas que ayer y oy se ha dicho en diferentes lugares, y porque es el remedio de todo ello, por esso es y se llama Jesús, esto es, salvación y salud. Y es grandísima salud, porque la enfermedad es grandísima; y nómbrese propriamente della, porque, como la enfermedad es de tantos senos y enramada con tantos ramos, todos los demás officios de Cristo y los nombres que por ellos tiene, son como partes que se ordenan a esta salud, y el nombre de Jesús es el todo, según que todo lo que significan los otros nombres, o es parte desta salud, que es Cristo, y que Cristo haze en nosotros, o se ordena a ella o se sigue della por razón necessaria. Que si es llamado pimpollo Cristo, y si es, como

dezámos, el parto común de las cosas, ellas, sin duda, le parieron para que fuesse su Jesús y salud. Y assí, Esaiás, cuando les pide que lo parán y que lo saquen a luz, y les dize: Rociad, cielos, dende lo alto, y vos, nuves, lloved al Justo, luego dize el fin para que le han de parir, porque añade: Y tú, tierra, fructificarás la salud. Y si es faces de Dios, eslo porque es nuestra salud, la cual consiste en que nos asseméjemos a Dios y le veamos, como Cristo lo dize: Esta es la vida eterna, conoscierte a ti y a tu Hijo. Y también si le llamamos Camino y si le nombramos Monte, es camino porque es guía, y es monte porque es defensa, y cierto es que no nos fuera Jesús si no nos fuera guía y defensa, porque la salud ni se viene a ella sin guía ni se conserva sin defensa.

Y de la misma manera es llamado Padre del Siglo Futuro, porque la salud que el hombre pretende no se puede alcanzar si no es engendrado otra vez. Y assí, Cristo no fuera nuestro Jesús si primero no fuera nuestro engendrador y nuestro padre. También es Braço y Rey de Dios y Príncipe de paz, Braço para nuestra libertad, Rey y Príncipe para nuestro gobierno; y lo uno y lo otro, como se vee, tiene orden a la salud: lo uno que se le presupone y lo otro que la sustenta. Y assí, porque Cristo es Jesús, por el mismo caso es Braço y es Rey. Y lo mismo podemos dezir del nombre de Esposo, porque no es perfecta la salud sola y desnuda si no la acompaña el gusto y deleyte. Y esta es la causa por qué Cristo, que es perfecto Jesús nuestro, es también nuestro esposo, conviene a saber: es el deleyte del alma y su compañía dulce, y será también su marido, que engendrará della y en ella generación casta y noble y eterna; que es cosa que nasce de la salud entera y que de ella se sigue. De arte que diziendo que se llama Cristo Jesús, dezimos que es esposo y rey, y príncipe de paz y braço, y monte y padre, y camino y pimpollo, y es llamarle, como también la Escripura le llama, pastor y oveja, hostia y sacerdote, león y cordero, vid, puerta médico, luz, verdad y sol de justicia, y otros nombres assí.

Porque si es verdaderamente Jesús nuestro, como lo es, tiene todos estos officios y títulos, y si le faltaran, no fuera Jesús entero ni salud cabal, assí como nos es necessaria. Porque nues-

tra salud, presupuesta la condición de nuestro ingenio, y la cualidad y muchedumbre de nuestras enfermedades y daños y la corrupción que avía en nuestro cuerpo y el poder que por ella tenía en nuestra alma el demonio, y las penas a que la condenavan sus culpas, y el enojo y la enemistad contra nosotros de Dios, no podía hazerse ni venir a colmo si Cristo no fuera pastor que nos apascentara y guiara, y oveja que nos alimentara y vistiera, y hostia que se ofreciera por nuestras culpas, y sacerdote que interviniere por nosotros y nos desenojara a su Padre, y león que despedaçara al león enemigo, y cordero que llevara sobre sí los peccados del mundo, y vid que nos comunicara su xugo, y puerta que nos metiera en el cielo, y médico que curara mil llagas, y verdad que nos sacara de error, y luz que nos alumbrara los pies en la noche desta vida escuríssima, y, finalmente, sol de justicia, que en nuestras almas, ya libres por él, nasciendo en el centro dellas, derramara por todas las partes dellas sus luzidos rayos para hazerlas claras y hermosas. Y assí, el nombre de Jesús está en todos los nombres que Cristo tiene, porque todo lo que en ellos ay se endreça y encamina a que Cristo sea perfectamente Jesús. Como escribe bien sant Bernardo, diziendo:

Dize Esaiás: Será llamado Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre del siglo futuro, Príncipe de paz. Ciertamente, grandes nombres son éstos, mas ¿qué se ha hecho del nombre que es sobre todo nombre, el nombre de Jesús, a quien se doblan todas las rodillas? Sin duda hallarás este nombre en todos estos nombres que he dicho, pero derramando por cierta manera, porque dél es lo que la Esposa amorosa dize: Ungüento derramado tu nombre. Porque de todos aquestos nombres resulta un nombre, Jesús, de manera que no lo fuera ni se lo llamara si alguno dellos le faltara por caso. ¿Por ventura cada uno de nosotros no vee en sí y en la mudança de sus voluntades que se llama Cristo admirable? Pues esso es ser Jesús. Porque el principio de nuestra salud, es cuando començamos a aborrescer lo que antes amávamos, dolernos de lo que nos dava alegría, abraçarnos con lo que nos ponía temor, seguir lo que huíamos, y dessear con ansia lo que desechávamos con enñado.

(*Los Nombres de Cristo*).

# Otra Navidad en guerra

## Sentido de la paz

La lucha terrible y cruenta que azota a la humanidad con aflicciones cada día más penosas y amargas ha conocido durante el año que acaba de transcurrir, y de un modo especial en las pasadas fiestas navideñas, momentos de especial dramatismo y de espantosa dureza. Evidentes señales de cuán lejana se halla aun la hora ansiada en que vuelva de nuevo a alumbrar a los hombres la estrella de la Paz; todavía hoy podemos repetir con palabras del Vicario de Jesucristo: el mundo está "dividido y lacerado por el odio, por las contiendas, por el egoísmo y por la violencia".

Características todas ellas que han adquirido tono más acusado, si cabe, en los últimos meses.

La esperanza de S. S. el Papa, expresada en la alocución de 1943, de que aquella Navidad fuera la última que los hombres hubiesen de celebrar entre las congojas y sacrificios que impone la guerra, se ha visto defraudada por el espíritu de soberbia que parece dominar al mundo. Las amonestadoras palabras del Romano Pontífice pronunciadas en aquella fecha, y dirigidas principalmente a aquellos que creían tener en sus manos una victoria decisiva, capaz de convertirlos en árbitros supremos de los pueblos todos del planeta, no fueron escuchadas, y engreídos en su propio poderío desecharon las posibilidades de una paz honrosa y justa.

"Os decimos y conjuramos — decía el Papa — para que os elevéis sobre vosotros mismos, sobre toda estrechez de ideas y miras, sobre toda jactancia de superioridad militar, y sobre toda afirmación unilateral de derecho y de justicia". ¿Han correspondido los gobernantes a estas sabias exhortaciones?

Y continuaba: "Reconoced también verdades desagradables y enseñad a vuestros pueblos a mirarlas cara a cara con seriedad y fortaleza. La verdadera paz no es el resultado aritmético, por decirlo así, de una proporción de fuerzas, sino en su último y más profundo significado, *as una acción moral y jurídica*. De hecho la paz no se realiza sin el empleo de la fuerza y su misma consistencia necesita apoyarse en una medida moral de poder. Pero la función propia de esta fuerza, si ha de ser moralmente recta, debe servir de protección y defensa, no de disminución u opresión del derecho"; porque "una paz conforme a la dignidad del hombre y a la conciencia cristiana — había dicho ya el Papa — no es posible que sea jamás la dura imposición de la espada, sino el fruto de una previsora justicia y una responsable equidad para todos". Magnífico y sublime programa que el hombre ha trocado por la paz de los cementerios y la paz de las ruinas.

## Tiempo de apocalipsis

Pero el año que terminó ayer su carrera, no solamente ha presenciado el alejamiento cada vez más acusado del espíritu de verdadera paz entre los pueblos, sino que ha puesto de relieve otros males que el conflicto internacional había disimulado en tal extremo que pasaron inadvertidos a muchos. No fué ya tan solo el chocar ininterrumpido de poderosos ejércitos en ambos hemisferios, la destrucción de pueblos y ciudades, blancos preferidos de la guerra aérea, y la espeluznante estadística de millares y

millares de hermanos nuestros víctimas de una lucha que nada y a nadie respeta: fué el despertar horrible de naciones huérfanas de poderes responsables y de un orden estable; fué la caza sangrienta de los propios conciudadanos perseguidos por una pseudo justicia; fué la insurrección encubierta con visos patrióticos pero atizada por intereses inconfesables, y contemplada a veces con cierto agrado por algunos; fué también, el comienzo de una etapa mucho más difícil, en la que los pueblos cansados amentado de la política negativa de sus gobernantes, cayeron en manos de dirigentes sin escrúpulos. En una palabra, la guerra ha adquirido facetas tan complejas, que en muchas ocasiones ha perdido importancia el continuo fluctuar de los frentes de batalla.

En el mensaje de Navidad ya citado, el Pontífice había exclamado: "¿Qué vemos realmente si no que la conciencia degenera en aquella forma de guerra que excluye toda restricción y consideración, como si fuese un producto apocalíptico...?", y en su discurso del día nueve del último mes, precisando con mayor vigor aquel pensamiento, afirmaba: "Nuestro tiempo, que bien podría llamarse apocalipsis, ve vacilar ordenaciones, poderes, sistemas terrenales existentes hace siglos o que se pensaron crear para los siglos". El estado de desorientación, confusiónismo y anarquía, ha sido un producto típico del año 1944, y que el presente hereda con las agravantes de amenazas concretas de un peligro que avanza cautelosa pero continuamente hacia los límites occidentales de nuestro continente.

## Hechos característicos

De este mundo pletórico de acontecimientos, queremos poner de relieve tres hechos principales que a nuestro humilde entender resumen con trazo vigoroso las características que en el pasado año ha tenido la lucha que estamos viviendo; lucha desatada en la que todas las pasiones parecen haberse dado cita para deshacer a Europa, y con ella, y de un modo principal y directo, el contenido glorioso de toda una historia y una cultura nacidas a la sombra augusta de la colina Vaticana.

Estos hechos son:

Primero: Las probabilidades de una paz entre los países beligerantes se ha difuminado en tal grado, que no puede vislumbrarse una esperanza factible de que lleguen a cristalizar en un cercano período. Una prueba de ello la encontraríamos en el examen de los proyectos elaborados por los hombres de gobierno, carentes casi todos de aquellos principios que Su Santidad ha señalado como base y fundamento de un auténtico espíritu de paz.

Segundo: El poderío y la influencia de la U. R. S. S. ha aumentado considerablemente. Veamos unos cuantos ejemplos: entrega vergonzosa de la cristiana y sufrida nación polaca en manos de los "sin Dios", acción mucho más execrable si consideramos que la defensa de su absoluta integridad fué el pretexto para desencadenar la conflagración presente; la exclusividad de actuación que Rusia se ha reservado sobre Finlandia, Rumania, Bulgaria y tal vez sobre la antigua Yugoslavia; la atribución dentro de su zona de influencia, de la católica Hungría y la muy probable de Austria; el grave conflicto de Grecia; y por último, la acusada interferencia de los soviets en Bélgica, Francia e Italia.

Tercero: El aumento del malestar social y político en

la mayor parte de Europa, especialmente en aquellos pueblos integrados hoy en las zonas de retaguardia de los ejércitos aliados. Este malestar ha trascendido en la inestabilidad de muchos gobiernos cuya influencia sobre sus respectivos súbditos es prácticamente nula o al menos muy reducida.

Si la realidad de una situación que resumimos en los tres puntos anteriores continuase siendo la tónica del año

actual, ¿sería sensato involucrarse en el manto de un insano optimismo, fundado en motivos puramente humanos, para rehuir el espíritu de fe y de sacrificio que nos pide la voz augusta del Soberano Pontífice?

¿No sería más puesto en razón considerar la gravedad de los momentos presentes ateniéndonos a la calificación que les dá Su Santidad el Papa?

*José-Oriol Cuffi Canadell.*

## CONSEJOS DE PRUDENCIA

Hace unos treinta años, cuando iba yo a colegio, me aprendí sin grande esfuerzo las materias constitutivas de un delito de lesa patria, de alta traición por inteligencia con el enemigo. Se trataba de actos bien caracterizados y discernibles que iban desde la cooperación armada o la entrega pasiva de un puesto que se tenía obligación de defender, al suministro de pertrechos, ocultación del enemigo o traslación al mismo de datos y noticias que constituyen la tupida red del servicio de espionaje.

Pero treinta años apenas suficientes para envejecer a un hombre, han bastado para desfigurar considerablemente la fisonomía del mundo. Dos guerras grandes en este lapso, las mayores que registra la Historia; la presente mucho más perfecta que la anterior, lo están convirtiendo en un montón de escombros humeantes y hay evidentes señales de que están ocasionando en la mentalidad de los hombres imponentes destrozos.

Este trastorno psíquico se manifiesta principalmente en un agrandamiento del concepto de enemigo que linda con los confines de la demencia. El loco no es que esté falto de razón; al contrario, sufre una sobreexcitación, una hiperestesia del razonamiento en sentido único; por lo que sus juicios acostumbra a ser de una lógica furibunda y encabritada. El poseído de la manía persecutoria lo relaciona todo con esa supuesta persecución de que se le hace víctima. El que se halla tras él, casualmente, es que lo va siguiendo; el que levanta el brazo desde la otra acera es que está haciendo señas a su enemigo para indicarle que está allí; uno que se para en la calle, es que lo vigila. Y si usted pretende convencerle de que está equivocado, que ninguno de aquellos actos tiene la menor relación con el intento de perseguirle, le dirá que usted está también confabulado con sus enemigos y trata de despistarle. Lo característico de la locura es no tolerar que se discuta ni se discrepe de su razonamiento.

Veán ustedes si no es exactamente la psicosis que se está extendiendo peligrosamente por varios países de Europa. La crónica periodística de estas últimas semanas nos suministra copiosos datos de los estragos que esa desviación mental está causando en el vecino país francés principalmente.

Todos los indicios concuerdan en que los discrepantes, y aún los tenuemente sospechosos de discrepancia, lo pasan allí extremadamente mal.

¿Qué, adónde vamos a parar con esos precedentes?... Esto ya es mucho más complejo y por mi parte no estaría muy tranquilo en la piel de esos marinos portugueses que con riesgo de su vida han salvado, hace pocos días, la tripulación de un buque de guerra naufragado. Puede ocu-

rrir que en fecha no lejana, al compás de los acontecimientos, les llamen a cuentas por haber ocasionado la supervivencia de unos hombres que, otros, con gran derroche de municiones hacen denodados esfuerzos por exterminar. Yo ya sé lo que en tal caso dirían esos bravos marinos: Salvar un naufrago, sin mirar su procedencia, es un deber que cumple siempre la gente de mar. ¿Acaso no se trata de un acto humanitario? La explicación no les salvaría, a pesar de estar tan bien fundamentada. Porque la humanidad —la de ahora— no consiente cierta clase de actos humanitarios. ¿Puede darse algo más humanitario, más inofensivo políticamente, más intrascendente desde el punto de vista bélico, que las exequias por un difunto? Y sin embargo, ahí tienen ustedes a ese buen cura francés condenado a diez meses de prisión por haber celebrado una misa por el alma de Felipe Henriot. Ignoro cuales hayan sido los considerandos del tribunal para calificar de inteligencia con el enemigo al hecho de enviar unos socorros espirituales a un alma que ya no puede molestar a nadie, ni representar ningún papel en el escenario del mundo. Extraordinario "tour de force" el de esos juristas franceses para relacionar unas oraciones de sufragio con la seguridad de la República.

Lo peligroso es que las noticias propagan el contagio y la atmósfera de inquietud y de ansiedad se va espesando por momentos.

Como un amigo mío en trance de realizar un viaje por el extranjero con su familia me pidiera, poco ha, unos consejos, le resumí los que a continuación transcribo que pueden ser también de utilidad para otros de mis conciudadanos:

"Vigile usted su biblioteca —le dije— arroje al fuego todos los libros que exhiban sus simpatías por un régimen o país determinado. Examine los atlas geográficos de sus hijos; los detalles demasiado prolijos sobre la situación de un territorio se prestan a suspicacias, pueden comprometerle. Si se especializan en la caligrafía, ojo con la letra gótica o la inglesa, según la zona en que se encuentre y si a alguno le da por ser recitador o cantante ¡prudencia! que unos magníficos versos de Corneille o de Schiller, según el escenario, un fragmento de Verdi o de Wagner, magistralmente interpretados, pueden truncar su carrera artística para siempre.

"Y cuando desee usted practicar esa obra de misericordia con los difuntos enviando al cielo sus plegarias para el descanso de sus almas y tenga que hacerlo usted en público y en voz alta, mucho cuidado en nombrar a nadie..."

*José María Comas Roca.*



# La colaboración con los comunistas

*Nuestro colega "Misión" de Madrid, publicó en su número del día 16 del pasado mes, un artículo firmado por Luis Ortiz y Estrada bajo el título que encabeza estas líneas. De dicho artículo reproducimos los fragmentos que damos a continuación por considerarlos del mayor interés*

"...Cuando se trate de cuestiones que se rozan con el comunismo, siempre que de comunismo se hable, cuando en el comunismo se piense, y conviene pensar mucho en este gravísimo peligro, han de tenerse muy grabadas en la mente estas palabras impresionantes de Pío XI en la su encíclica *Divini redemptoris*, acerca del comunismo:

"Al principio, el comunismo se mostró cual era EN TODA SU PERVERSIDAD, pero pronto cayó en la cuenta de que de esta manera alejaba de sí a los pueblos, y por esto ha cambiado de táctica y procura atraerse las muchedumbres con diversos engaños, ocultando sus designios tras ideas que en sí son buenas y atrayentes. Así, viendo el deseo general de paz, los jefes del comunismo fingien ser los más celosos fautores y propagandistas del movimiento por la paz mundial; pero al mismo tiempo excitan a una lucha de clases que hace correr ríos de sangre y sintiendo que no tienen garantías internas de paz, recurren a armamentos ilimitados. Así, bajo diversos nombres que ni siquiera aluden al comunismo, fundan asociaciones y periódicos, que luego no sirven más que para hacer penetrar sus ideas en medios que de otro modo no serían fácilmente accesibles; y pérfidamente procuran infiltrarse hasta en asociaciones abiertamente católicas y religiosas. Así en otras partes, sin renunciar en lo más mínimo a sus "perversos principios", invitan a los católicos a colaborar con ellos en el campo llamado humanitario y caritativo, proponiendo a veces cosas completamente conformes al espíritu cristiano y a la doctrina de la Iglesia. En otras partes llevan su hipocresía hasta hacer creer que el comunismo en países de mayor fe y cultura tomará un aspecto más suave, y no impedirá el culto religioso y respetará la libertad de las conciencias. Y hasta hay quienes, refiriéndose a ciertos cambios introducidos recientemente en la legislación soviética, deducen que el comunismo está para abandonar su programa de lucha contra Dios.

"Procurad, venerables Hermanos, que los fieles no se dejen engañar. *El comunismo es intrínsecamente perverso y no se puede admitir que colaboren con él en ningún terreno los que quieren salvar la civilización cristiana.* Y si algunos, inducidos al error, cooperasen a la victoria del comunismo en sus países, serán los primeros en ser víctimas de su error; y cuanto las regiones donde el comunismo consigue penetrar más se distingan la antigüedad y la grandeza de su civilización cristiana, tanto más devastador se manifestará allí el odio de los "sin Dios".

Palabras claras, precisas, singularmente luminosas y, sobre todo, con la autoridad del supremo magistrado que estaba investido quien las escribió, precisamente en el ejercicio de su función docente. Con su luz indudablemente se puede llegar hasta lo hondo de la cuestión.

El comunismo es perverso, y no precisamente por la

maldad o el error de algunos de sus jefes, de algo contingente o que fácilmente puede perder, sino intrínsecamente perverso, es decir, por su esencia. Mientras el comunismo sea comunismo se ha de rechazar toda colaboración con él, aun cuando la brinde "en el campo llamado humanitario y caritativo", en ciertas "cosas completamente conformes al espíritu cristiano y a la doctrina de la Iglesia". Nos manda el Papa que no caigamos en la trampa de su hipocresía; no olvidemos su intrínseca perversidad.

Se propone la Iglesia la elevación del proletariado; a veces los comunistas emplean estas mismas palabras para definir sus fines. Hipócritas maniobras con que tratan de disimular su perversa intención. Para el comunismo se eleva quien goza más de los bienes temporales, pues no admite su credo nada más allá de la tumba. De aquí que su sociología y su política se encierran en producir cada vez más y distribuir con mayor abundancia para gozar, sin más límites que el hartazgo, los bienes de este mundo. En el diccionario comunista elevar el proletariado quiere decir esclavizarlo a la producción y envilecerlo con la bruta saciedad de los bienes que con la riqueza se obtienen.

La Iglesia eleva al proletariado tratando de ponerlo en condiciones de que pueda gozar la eterna bienaventuranza, apartándole de los escollos que pudieran hacerle naufragar en este empeño, enseñándole que los bienes materiales, las riquezas y todo lo de orden temporal, aun en lo necesario para la vida, son instrumentos para llegar al supremo fin. Esto sí que es elevarlo, porque lo levanta a un destino eterno de goce sobrenatural infinito; porque en calidad de instrumentos sujeta a su señorío las riquezas y todo lo de orden temporal. El ideal de la Iglesia no está en hacer de un proletario un Epulón esclavo de los goces que con sus abundantes riquezas satisface sin saciarse, sino en hacer de un mozo de labranza un San Isidro, ante quien los poderosos de la tierra humillan su cabeza e invocan su protección. En manos de la Iglesia las cosas de orden temporal, propiedad, riqueza, capital, trabajo, la misma pobreza, se santifican, porque las convierte en instrumentos de nuestra santificación.

Podrá, pues, el hipócrita lenguaje comunista coincidir con el santo de la Iglesia; los conceptos son esencialmente contradictorios: satánicos los de aquél, santos los de ésta.

No hay paridad alguna entre el lenguaje comunista y el de la Iglesia cuando combaten los vicios de la sociedad actual. El lenguaje responde al espíritu que le anima: de la verdad y el amor, en la Iglesia; de la mentira y el odio, en el comunismo. Poca literatura comunista ha de haber leído quien no sepa que está inspirada en el odio a las clases superiores y al mismo proletariado que se le resiste; necesario es haber olvidado que esta literatura es la que pervirtió el corazón de aquellas bandadas de forajidos que

durante el tiempo rojo cometieron los crímenes más horrendos y las más monstruosas atrocidades. El lenguaje comunista, como hijo del odio y del afán de goces materiales, es violento y casi siempre groseramente injurioso, pero no vigoroso. Vigoroso es el de la Iglesia, inspirado en la verdad y el amor a los mismos cuyos vicios reprende. ¿Se quiere mayor vigor que el recuerdo, si no se enmiendan, de la eterna condenación, de los tormentos eternos? Los poderosos serán atormentados poderosamente. Los que hemos visto la serenidad con que resistieron los tormentos y la muerte jóvenes, casi niños, y tiernas doncellas, hemos podido apreciar muy de cerca el vigor que infunde el lenguaje de la Iglesia; quienes han sufrido la cobarde crueldad de los esbirros y verdugos, se han podido dar cuenta de la brutal condición del lenguaje comunista que tales monstruos formaba. Las palabras que excepcionalmente a veces emplean son maniobras tácticas al servicio de sus perversos fines específicos; lo dice el Papa, que descubre su hipocresía y declara que el comunismo es intrínsecamente perverso. No hay que olvidarlo en ningún momento.

\* \* \*

...El movimiento de resistencia en los países invadidos no ha sido en el comunismo una manifestación más o menos legítima del espíritu de independencia propio del patriotismo, sino un medio de llegar rápidamente a la conquista del poder. En el comunismo no alienta ninguna de las virtudes patrióticas. Se inspira en el bolchevismo ruso

y sirve a sus fines. Cuando Stalin se unió a Alemania, el comunismo francés era contrario a la guerra y desertaba, cuando podía, para servir la causa de Rusia, enemiga de Francia y de los aliados; ejemplo Thorez, desertor del tiempo de Daladier y no del de Vichy.

Pío XII no ha dicho nada que invalide o suspenda el valor de las tremendas palabras de su antecesor Pío XI. Cuando en su discurso del 4 de septiembre hizo un llamamiento al mundo para que defienda el orden social, la civilización cristiana, no puede entenderse que llamara a los comunistas. Al contrario: clama al mundo con el corazón angustiado a que se defienda contra el comunismo, que es peligro tremendo y muy inmediato. Por eso advierte que el orden social ha de fundarse en la piedra angular de la propiedad privada que el comunismo niega, que el comunismo combate rabiosamente a sangre y fuego. Para amparar este orden social basado en la propiedad privada pide colaboración de todos, claro está que con las debidas cautelas. Pero es evidente que no puede pedir la de los comunistas que son sus enemigos irreconciliables.

\* \* \*

Con el comunismo no hay términos medios; no cabe más que luchar contra él hasta exterminarlo o sucumbir a él, que ya sabemos los españoles lo que significa. Son la estrategia y la táctica únicas posibles contra la revolución en cualquiera de las formas que adopte para llegar mejor a su fin..."



## NOTA BIBLIOGRÁFICA

*José M.ª Millás Vallicrosa*: "Jesucristo según los Evangelios". Ed. Alma Mater, Barcelona 1944, 477 pp. con ilustraciones.

De modo infatigable va publicando el Dr. Millás Vallicrosa de la Universidad de Barcelona sus copiosas obras. Ahora nos presenta una Vida de Nuestro Señor Jesucristo según los Evangelios, dirigida sobre todo a la juventud estudiosa de nuestros centros de Enseñanza Media y Universitaria, y aún de Escuelas especiales y Seminarios. La presente obrita no es presentada con aparato crítico, pero a través de todas sus páginas aparece la ciencia del Dr. Millás, que está al corriente de todo aquello que puede ilustrar los problemas suscitados alrededor de la Biblia, aunque el autor se ciñe estrechamente al programa que exige el curso oficial, a cuyo fin va destinada su obra.

Los tres primeros capítulos ofrecen un resumen bien hecho de las cuestiones sobre los libros del Nuevo Testamento,

y las condiciones políticas y religiosas de la Palestina contemporánea de Nuestro Señor, y la obra está copiosamente ilustrada con las principales vistas de Palestina, sacadas generalmente del archivo bíblico del Monasterio de Montserrat.

No es esta la primera Vida de Jesucristo que se ha puesto en la actualidad en las manos de los estudiantes de nuestros colegios y universidades. Ya las obras beneméritas de los padres Camilo Abad y Valentín Incio, ambos de la Compañía de Jesús, han contribuido a dar a conocer a Jesucristo a las juventudes españolas, pero no creemos exagerar si decimos que la presente del Dr. Millás tiene un mérito mayor al saber presentar las narraciones evangélicas en forma sumamente atractiva, que para la enseñanza es no pequeña ventaja. Esa cualidad hace que aún para personas mayores pueda esta vida de Jesucristo ser leída con verdadero placer y gusto.

*Dom Patulino Bellet, O. S. B.*

CON CENSURA ECLESIASTICA

*C*asa

H. de G. J., S. A.

BARCELONA

**SALA y BADRINAS**

*Tejidos de Lana*

DESPACHO EN BARCELONA  
Caspé, 33 B

FÁBRICA EN TARRASA  
Prim, 59

Hijo de

**Manuel Vallhonrat**

FÁBRICA DE GÉNEROS DE PUNTO

Almacén y despacho: San Antonio, 39

Fábrica: García Humet, 40

Teléfono núm. 1832

TARRASA

# CUEVAS DE ARTÁ

---

# MALLORCA



MÚLTIPLES son las bellezas con que dotó Dios a esta privilegiada Isla, de todas sobresale una por su magnificencia:

LAS MARAVILLOSAS CUEVAS DE ARTA